

# **CUENTOS PARA NIÑOS QUE VEN TELEVISIÓN**

**Random Catódico**

## EL APUNTADOR

Manuel esperaba detrás de la puerta. Escuchó llanto en el interior de la recámara y después de tomar aire, asumió la identidad de Víctor. Giró la manija y la puerta cedió suavemente. En el sillón floreado a un lado de la cama estaba ella, sollozando, con el rímel corrido.

—¡Quédate por favor, no me dejes Víctor!

—Entiéndelo Mujer. Otros mundos me llaman.

—¡Si te vas me mato! ¿Lo oyes? ¡Me mato!

—Adiós para siempre, entonces.

Ella se lanzó sobre la cama de colcha rosada con el rostro entre las manos, ahogando un grito. Su mano buscó algo en el cajón del buró. Él se quedó afuera de la habitación un instante. Una tensa frase musical llenó el silencio. Ligera pausa, el sonido de un disparo dentro de la recámara. Él empezó a caminar por el pasillo. Todo se obscureció, música en fadeout.

—Y... ¡corte! Vamos a comercial, prevenidos. 90 segundos para créditos finales —dijo la voz sintética del floor manager.

Las cámaras doblaron sus tripies en posición de standby apuntando los lentes ahora cerrados hacia el piso. La máquina de video preparó la señal de salida y rebobinó la cinta del capítulo 563. El escrutinador moral reportó a la central de transmisión tres fotogramas donde se veía la mano de la mujer tomando la pistola del cajón. Antes de que el delay de treinta segundos en la transmisión llegara a ese momento, el segmento fue ajustado. Seguían siendo clasificación "A+". Las máquinas produjeron otro buen capítulo.

Manuel retuvo la respiración unos segundos y luego exhaló a Víctor, relajándose. Salió del set y caminando rumbo al camerino se sacó el apuntador del oído. Se sentó frente al espejo y estaba guardando el pequeño receptor

plástico en un cajón cuando llegó la maquillista a removerle el maquillaje. Una chica no guapa, no fea; desapercibida como un nombre faltante en el directorio telefónico. Manuel se vio en el espejo mientras Víctor desaparecía con el paso del algodón en su rostro, frunció el ceño y contó mentalmente las pequeñas arrugas alrededor de los ojos; “estás-haciéndote-viejo” necesitaba otra dosis de nanobotox. La maquillista lo felicitó por la actuación al despedirse, él asintió con la cabeza sin quitar la mirada del espejo. Ella caminó hasta la chamarra de Manuel que colgaba en un perchero. Dudó un instante antes de soltar la carta. Salió del camerino haciendo menos ruido que el sobre al caer dentro de la bolsa de la chamarra.

Al salir de la televisora, Manuel utilizó la puerta de emergencia, en la principal lo esperaban los fans. Se sentía ansioso; en otro momento hubiera disfrutado firmar autógrafos y posar para las cámaras. Ahora necesitaba algo para tranquilizarse. Marcó un número en su portátil. “ve-por-el”

El paparazi, dentro del auto en el callejón, lo vio salir. Activó su escáner telefónico:

—...necesito más, Doc. Nos vemos afuera de tu casa. Me hace falta.

—¿Tu jaguar afuera de mi casa? Lllamarás la atención un poco, ¿no Manuel?

—Tomaré un taxi... y creo que no deberías mencionar mi nombre.

—Estás paranoico. Mi teléfono es seguro. Tengo clientes en el medio, ¿sabes?

—No tienes idea de lo que es proteger la imagen. Te veo al rato. Ciao.

El paparazi, complacido por mantener actualizado el software de su escáner, encendió el auto. El GPS recibió la información del escáner y mostró un punto rojo sobre el mapa proyectado en el parabrisas.

No debiste hacerlo, no. ¿Crees que le va a interesar una chica como tú? La carta fue una ridiculez. Víctor es... tú no eres nada. Pero... tal vez pudiera sentir algo, está muy solo, no sé, nunca lo he visto con una novia formal, salvo esa zorra rica. Qué bueno que se mato. Eres una tonta. Ella es una actriz. No está muerta. ¿Tú que sabes? No estuviste ahí. Estoy segura de que Víctor la dejó por mí. No se llama Víctor, es Manuel. Tú eres la que debería suicidarse. ¿Sabes algo? No firmaste la carta. Estúpida, estúpida, estúpida...

—¿Quién es esa chica? —preguntó el hombre del trapeador.

—Yo que sé. Alguien de vestuario o maquillaje —contesto el hombre de la escoba.

—Pues lleva diez minutos frente al espejo, sin moverse. Es extraña.

—Algún ejercicio, tal vez sea actriz.

—No creo que sea actriz. No es bonita aunque... que rara.

—De producción no es, no hay personas ahí.

—Ni me recuerdes, cada día odio más a las máquinas.

—¿Porque tienen los mejores trabajos en la compañía?

—¿Eh? No. Porque con sus rueditas de hule marcan el piso y no hay jabón que lo limpie.

En el improvisado consultorio, Manuel escuchaba atentamente al hombre que acababa de aplicarle cuatro pinchazos, uno en cada párpado.

—Actívalo cuando vayas a dormir —dijo el Doc entregándole el analizador facial a Manuel—, con los músculos relajados el nanobotox trabaja mejor.

—Descuida, sé cómo usarlo. ¿Es nuevo el modelo? “sólo-úsalo-no-preguntes”.

—Básicamente es lo mismo, este trabaja en UHF. La señal para los nanos es más limpia.

—¿Dónde consigues esto?

—Una pieza por allá, otra en los saldos del hospital. La mayoría en Steren.

Manuel observó el analizador facial que curiosamente lo estaba observando a él; una cajita negra con mini cámara y dos botones. —¿Es legal esto?

—Si te preocupara lo legal irías a una clínica formal, Manuel.

—Me preocupa que funcione bien, Doc.

—Escucha; antes de dormir lo enciendes y al despertar tendrás de cinco a diez años menos. ¡Ah! Y un ligero escozor al orinar, no te preocupes, son los nanos saliendo. Supongo que lo recuerdas.

Manuel se levantó del sillón de exploración. —Sí, gracias, te debo una — dijo mientras estrechaba la mano del Doc.

—En realidad no, tu banco acaba de hacer la transferencia al mío.

Los hombres dejaron el consultorio y salieron a la calle. Antes de despedirse, el Doc se acercó para revisar los párpados de Manuel; ni una pequeña marca.

—Un poco de comezón es normal —mencionó el Doc mientras sujetaba la cabeza de Manuel entre sus manos y le revisaba los ojos de cerca.

En el taxímetro se acumulaba una deuda a razón de tres créditos por minuto, el chofer del taxi dormía una siesta. En el auto estacionado a media cuadra de ahí, un telefoto Nikon enfocaba la escandalosa imagen de dos hombres, muy cerca uno del otro.

—¿Lo llevo a su casa? —preguntó el taxista, cuando Manuel lo despertó.

Un auto siguió al taxi.

¿Qué haces caminando bajo la lluvia? Eres un cliché de la depresión. ¿No lo recuerdas? Estás loca... ¡Cállate! Yo sé lo que hago. No es verdad. ¡Sí! Estás enamorada de un fantasma. ¿Qué haces caminando hacia su casa? Deberías regresar, tomar la medicina, darte un baño de tina, abrirte las venas...

Llovía. El taxista dobló a la derecha. El hombre de la cámara fotográfica le había dicho que diera vueltas a la cuadra. Cuando se detuvo para que el pasajero colocara un aparato de espionaje, cerca del departamento del actor, pensó que tal vez estaban violando alguna ley; le cobraría más caro. El pasajero seguía haciéndole preguntas sobre el actor que había subido antes al taxi y él las respondía automáticamente:

—Se comportaba raro... Sí, habló por teléfono... No lo conozco... No veo televisión, sólo películas.

—Demos una vuelta más a la cuadra antes de bajarme —dijo el pasajero.

—Llueve, va a mojarse.

—Tengo mi auto aquí cerca.

—Bien. Es curiosa la lluvia, ¿sabe? A veces pienso que debería llover más fuerte.

—¿En serio? —contestó el pasajero, desinteresado en platicar.

—Sí, tan fuerte que limpie de suciedad las calles; maricas, drogadictos, prostitutas...

—Sería bueno. Mire, ahí está mi auto. Quédese con el cambio.

El taxista dejó atrás al hombre. Abrió la guantera y admiró el revólver, volvió a cerrar la puertita sintiéndose reconfortado. Sí el hombre de la cámara no lo hubiera menospreciado, le habría contado que el actor se había interesado por el arma. El chofer avanzó lentamente, una mujer le hizo la indicación para que se

detuviera. Apenas la vio; era una de esas chicas que no llaman la atención. Por eso la lluvia no se la había llevado.

Dentro de su auto el paparazi hizo un par de llamadas. Descargó pixeles en la computadora y los envió por correo. En la pantalla revisó la actividad electrónica detectada por el aparato de espionaje. Incrementó los impulsos de la señal UHF. Ningún sonido. Algún otro aparato interfería con la señal. Se recriminó por comprar kits de espionaje en tiendas departamentales. No podría completar la nota, pero las fotos le redituarían más que cualquier reportaje. Encendió el auto. Buscaría donde festejar.

“Despierta-Víctor-despierta”

Manuel veía una vieja serie en la TV antes de dormirse, se preguntó cómo es que antes podían los actores trabajar con los viejos apuntadores operados por humanos. Las máquinas de ahora dictaban los diálogos sin emociones, planos y sin intención dramática, lo que le permitía a un actor colorear su personaje y darle la intensidad necesaria. Manuel sintió sueño, normalmente la mente se le opacaba cuando se ponía a reflexionar sobre cosas importantes. Se metió en la cama y preparó el analizador facial. Sabía que al despertar las arrugas se habrían ido. Dirigió la mini cámara del analizador hacia su rostro, oprimió un botón y se relajó hasta quedarse dormido. Mientras sus sueños se coloreaban con los recuerdos del día el analizador facial escaneó su cara y emitió una señal. Afuera, otro aparato emitía en la misma frecuencia.

La señal electrónica se encabalgó sobre otra y las máquinas se confundieron. El botox comenzó a diseminarse, las tropas de nano-remodeladores tomaban proteínas grasas y las modificaban. Los profundos cañones empezaron a rellenarse. Algunos nanos soltaron sus flagelos de la

conjuntiva y nadaron hacia abajo. Unos cuantos rodearon la órbita y siguieron el conducto intracraneal del nervio óptico. Fuertes corrientes sanguíneas dispersaron a los sobrevivientes por el encéfalo. Engancharon sus flagelos en el nuevo tejido y lograron producir botox, otros fabricaron algunas enzimas y proteínas, liberándolas en el cerebro, lejos del objetivo original.

Víctor rompió la cuarta pared.

...estúpida. ¿Para qué ibas a la casa de Víctor? ¿Habrías cambiado algo? Anoche pudiste hablar con él, no te atreviste. Nunca te hará caso. Córdala ya. Eso es, no duele. El agua tibia ayudará. No debes creer en los noticieros. ¿Quién es Manuel? Víctor no es gay, no. Víctor no consume drogas. Víctor no tiene un amante que le vende drogas. Es Manuel, ese que lo quiere imitar... No debes creer... Tú no vas a estar en los noticieros. Eres un cliché. No, no eres nada. No firmaste la carta.

El escrutinador moral de la televisora revisó la programación a transmitirse en la tarde: Repetición del noticiero de las ocho de la mañana a las cuatro de la tarde, noticia principal; El escándalo del actor gay que consume drogas, editar clasificación. Cambiar el guión de la telenovela de la noche, eliminar al personaje Víctor, buscar nuevo principal. Programar anuncio de buenas costumbres, dejar en claro que ésta es una televisora familiar.

Despertó temprano por culpa del dolor de cabeza. Encendió el televisor. Dulce voz de reportera de espectáculos dando noticias. Manuel se tiró al piso y gritó que no era posible. Levantó la cara y se vio a sí mismo, en la imagen congelada, besando a un traficante de drogas. —Yo no hice eso —se repetía una y otra vez, pero la televisión no mentía. Todo al rededor se desvaneció.

“Levántate-soldado”. Víctor despertó al medio día con dolor de cabeza focalizado a un lado, en el oído. “Buen-día”. En el espejo se revisó la cara, las arrugas no habían desaparecido por completo y estaba esa voz. “Soy-yo”. Víctor metió los dedos de Manuel a su oído, sintió algo metálico pero no lo pudo sacar. Metió la mano completa y consiguió extraerlo; ahí sobre el lavabo, manchado con algo de sangre, estaba el apuntador.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Manuel mientras abría la llave del agua.

“Supongo que voy a tomar un baño. Sólo recuerda regresarme a tu cabeza.”

Víctor lavó cariñosamente al apuntador y lo regresó con ternura a su oído. Manuel gritó de horror y vomitó. Mientras el agua corría lavando la porcelana, el vómito se fue por el drenaje.

“Adiós-Manuel”

Víctor se afeitó y lavó sus dientes; los de arriba hacia abajo y los de abajo hacia arriba. Ensayó los diálogos para la novela de la noche, los repasó durante horas. El apuntador dio la pauta sin entonación ni emociones. También le recordó donde conseguir la pistola, con el amigo taxista, las de utilería se veían falsas. Salió de casa sin apagar la televisión: *-En otras noticias; una chica se quita la vida-*. Ya no había nadie para ver el noticiero.

El paparazi despertó casi al anochecer, después de una juerga. Caminó con dificultad hasta el baño de su cuarto de hotel y abrió el botiquín médico buscando alguna pomada para ponerse en el ano; el chico con el que se había tomado unas fotos y que ahora dormía junto al frigobar era más rudo de lo que parecía. Mientras aspiraba una línea de coca se sobresaltó. No logró recordar en qué antro había perdido la cámara.

Un guardia de seguridad no lo dejaba pasar pues le habían informado que Manuel ya no trabajaba ahí.

—Usted me confunde, yo soy Víctor.

—¡Claro! ¿Tiene alguna identificación? —preguntó el guardia reteniendo una risa burlona.

Víctor dudó, ¿quién era Manuel? “Te-quiere-engañar”. Se revisó los bolsillos, sólo traía un sobre en la chamarra. No le interesaba leer la carta, pero en el sobre claramente se leía: Te amo Víctor. “Dispárale-Víctor”.

Al guardia se le quitaron las ganas de reír.

Comenzó la cuenta de los últimos cinco segundos para regresar de comerciales. Antes del corte, la máquina de video había transmitido el montaje con el accidente del jet, donde Víctor había muerto. La familia reunida en la sala de la casa lamentaba la pérdida de Víctor. Fuera de guión, la puerta se abrió. Nadie lo podía creer.

—¡Víctor no está muerto! —dijo su padre, consternado. (Los actores viejos saben improvisar)

—Claro que no, el que murió fue mi gemelo malvado; Manuel.

(Explosión de risas grabadas) “Mátalos-a-todos”.

El floor manager dijo mecánicamente: —Continúen, estamos al aire.

“No-es-tu-verdadero-padre”.

—¡Tiene un arma real!

—¡Cálmate Manuel! Mira las cámaras, esto no es verdad —dijo la actriz que hacía de hermana, mostrando auténtica preocupación antes de empezar a sangrar.

“Mienten-Víctor-Mátalos”.

La máquina de video ralentizó la cinta para que se pudieran editar las escenas no aptas.

Un micrófono ambiental sufrió daños permanentes por la potencia de las detonaciones.

El rating instantáneo de la telenovela subió.

La cámara 3 limpió su lente de sangre.

El escrutinador moral se sobrecalentó.

La cámara 2 recibió un impacto de bala, pero siguió grabando, estoica.

La cámara 1 enfocó los ojos abiertos de un cadáver.

—Vamos en vivo, perdimos el delay.

El capítulo 564 se transmitió con clasificación “D”.

## **A MENOS QUE...**

La pequeña Carla se levanta hoy a las siete, después de que mamá la despierta con un beso como todas las mañanas de escuela. Rápidamente y muy emocionada se viste con su ropa favorita.

Sale de su cuarto, al que ella llama y ha decorado como “Módulo Lunar”. Baja los escalones de dos en dos imaginando que camina en la luna y así en cuatro saltos llega a la mesa para desayunar.

Después, sin aceptar ayuda de mamá, carga ella sola la maqueta del proyecto de ciencias, no sin antes ajustar algunos detalles; como acercar a la pequeña astronauta a las estrellas y comprobar que la nave espacial este bien sujeta a la plastilina.

Al regresar a casa, Carla no para de hablar atropelladamente de su maqueta y del diez que obtuvo.

Durante la cena papá sirve helado para festejar y besa a su pequeña en la frente. Mamá le regala un libro de astronomía que tal vez sea para niñas más grandes, pero a Carla le gustan las fotos.

Ya más tarde, después de escuchar ese viejo y cada vez más elaborado cuento de otros planetas que papá siempre mejora, Carla pregunta a papá si cree que ella algún día viajara a las estrellas. Papá con luz en la mirada y voz trémula le dice que sí, que ella podrá lograr todo lo que desea.

Carla duerme. Una dulce sonrisa dibujada en el rostro. Sueña que explora otros planetas.

*A menos que...*

La pequeña Carla no se quiera levantar, por estar cansada, después de acostarse tarde haciendo la maqueta. Diez minutos más de sueño son los que retrasan el desayuno que se toma aprisa y bajo las reprimendas de mamá.

Lamentablemente, al salir corriendo de casa la maqueta se cae de las manos de Carla, causando irremediables daños, por lo que Carla llora desconsolada.

Mamá maneja muy rápido por el retraso, intenta hacer que Carla deje de llorar enseñándole un libro que le compró y pensaba darle en la noche. Es ese el momento en que sucede, una distracción, un segundo, una luz roja.

Papá llora en el hospital. Las noticias le han robado la felicidad.

Mamá no volverá a casa.

Carla no puede asistir al velorio, la pérdida del brazo derecho la mantiene un tiempo en el hospital.

Dentro de un par de décadas Carla estará en casa viendo televisión, esperando a que llegue su esposo. Cambiando rápidamente los canales, sin hacer mucho caso de la programación, recordará lo feliz que ha sido su vida. Carla pensará en los días de la facultad de arquitectura, en los viajes y amigos, pensará en el mágico día que conoció a su marido. También recordará que el fin de semana vendrán de visita papá y mamá.

Carla seguirá cambiando los canales sin encontrar nada, en ese dejarse llevar por los recuerdos y no prestar mucha atención al momento. Mientras así transcurran los minutos, se acariciará el vientre pensando en la nueva vida que está por venir, se mirará la mano derecha admirando con gran satisfacción el anillo de graduación de la universidad.

Sin duda serán momentos muy felices los que estará recordando cuando encuentre un canal que por fin capte su atención: Un noticiero, con la exclusiva del despegue de la primera nave tripulada para la conquista de Marte. Subirá el

volumen y escuchará al periodista hablando sobre los heroicos hombres y mujeres que viajarán al espacio. Y entonces Carla, ligeramente ansiosa, recordará melancólicamente un sueño que tuvo de niña.

*A menos que, veinte años atrás, Carla perdiera diez minutos...*

Sentada frente al panel de controles se ajustará el cinturón, recibirá varias instrucciones en el intercomunicador y como comandante de la misión deseará buena suerte a su tripulación. Continuará revisando la secuencia de despegue y comprobará todos los sistemas tal como se ha ensayado en muchos meses. Durante ese tiempo, a su mente vendrán recuerdos de mamá y del terrible accidente, de volverse zurda por fuerza, de lo difícil que fue su adolescencia por ser diferente, de las miradas desorbitadas fijas en su muñón, de terapias y medirse prótesis que lastimaban. Se acordará como encontró refugio en los estudios, de lo solitaria que se sintió tantas veces entre sus libros y del hecho de nunca haber amado de verdad a un hombre.

De pronto, cuando falten pocos segundos para despegar, a Carla le invadirá una sensación de increíble felicidad y orgullo, recordará que esto es con lo que siempre ha soñado, que a pesar de todo, las ilusiones nunca desaparecieron. Colocará su mano robótica en la palanca de ignición e invadida por una euforia indescriptible emprenderá el viaje a Marte.

## **ESTAR GUARS**

En las 47 pulgadas del plasma de la “HDTV” RCA se proyecta en loop una secuencia del Gordo y el Flaco. “Clásicos del cine mudo” es el DVD que hoy utiliza Rogelio para promocionar las pantallas de última generación. Rogelio es vendedor en Radio Shack desde hace siete años. Hardy se ve más gordo y Laurel

muy bajo. La relación 4:3 se ensancha en el 16:9 y los detalles del granulado en la vieja película -aunque remasterizada- son píxeles ribeteados en todos los tonos de gris posibles que después de cinco metros dejan de percibirse como cuadrícula. El sistema de audio THX/DTS 7.2 Sensorround de la marca V-SONIC que completa el centro de entretenimiento alrededor de la pantalla decodifica la pista monoaural de piano del DVD en siete pistas de rango dinámico amplio para las bocinas y dos pistas de frecuencia baja para los subwoofers. La película muestra al Gordo y al Flaco intentando sin éxito vender un árbol de navidad a un cliente mal encarado y visco; Le rompen una ventana de su casa, él les rompe un faro del auto. Ellos le destrozan el jardín, él les destroza el coche, los amigos de ellos comienzan una guerra de pasteles por toda la ciudad, los amigos de él toman las armas. Pistola contra rifle contra cañón contra tanque contra avión contra... ¿Bomba de hidrógeno?

Rogelio disfruta el pastelazo coloreado de guerra mundial aunque le preocupa que, en la realidad, los que empiezan los conflictos nunca reciben merengue en el rostro. La otra cosa que le preocupa a Rogelio es lograr una buena venta hoy. Y vaya que cada día es más difícil, por culpa de esos hijos de puta de enfrente.

Atisba hacía afuera de la tienda en busca de sus enemigos: Ahí están, en el local de enfrente, en la tienda Steren. La vida en las ventas de electrónica era fácil hasta que llegaron ellos. En el mismo centro comercial, en el mismo nivel, enfrentadas una tienda contra la otra: Radio Shack y Steren separadas por un pasillo de circulación masiva donde una de cada 63 personas que pasan es cliente potencial de las tiendas de electrónica. Es un buen porcentaje, las tiendas de ropa oscilan alrededor de un cliente por cada 400 personas. Los mirones de aparador no cuentan; soñadores despiertos que son un estorbo visual entre la mercancía y

los interesados en adquirirla. Desde que Steren abrió sus puertas las comisiones de Rogelio como vendedor de Radio Shack han bajado. La guerra se avecina.

Un cliente entra a la tienda y busca entre los componentes electrónicos algunas resistencias, condensadores y una mini-antena UHF.

—¿Le puedo ayudar en algo?

—Gracias, ya tengo lo que necesito.

—Tenemos en rebaja las baterías alcalinas, si quiere...

—No. Sólo uso recargables. Nos estamos acabando el mundo.

Rogelio asiente con una leve sonrisa fingida, un punto a favor del cliente en un marcador que siempre empieza 1-0 en contra del vendedor. Toma los productos de las manos del cliente y camina deprisa o corre lento hasta el mostrador y pulsa su clave de ventas en la caja registradora. Sus compañeros de la tienda han salido al fast food. Todo lo que logre vender en los quince minutos de lunch será comisión sólo para él. El cliente solicita factura y Rogelio aprovecha el tiempo en que se imprime el documento para hacer la plática. Un cliente contento es un cliente que regresa. (Manual de ventas R.S., página 36)

—¿Y qué va a construir, señor?

—Un transmisor y un receptor, ya sabes, control remoto.

—Esa antena le da hasta 70 metros, ¿no quiere algo de más alcance?

—Con eso me basta, gracias. ¿Para qué usar un control remoto tan lejos de lo que se controla, que no se pueda ver nada de lo controlado?

Rogelio quedó abrumado por la lógica del cliente, sonriéndole como a quien se le reconoce líder, macho alfa; pantalones de lino, zapatos italianos... podría haber descrito la camisa si no mantuviera la cara agachada. Acompañó al cliente hasta la puerta y se despidió cortésmente levantando la vista de nuevo sólo para mirar de reojo al vendedor de Steren que esperaba pescar su propio cliente en la puerta de la tienda de enfrente. Por un momento las miradas se

cruzaron, el odio les burbujeó en las entrañas con tal intensidad que seguramente por la noche deberán tomar dosis dobles de antiácido. Pepto uno, Melox el otro.

Rogelio regresó al interior de la tienda y tomó la CAMIONETA FORD RANGER a 27MHZ a escala y de control remoto, la colocó en el piso y la guió entre los exhibidores para llevarla hacia fuera, a la plaza. Exponer los productos en funcionamiento genera el deseo del cliente. (Manual de ventas R.S., página 41) De pronto se percató de algo terrible; dos niños con su papá estaban por entrar a Steren. De inmediato dirigió la camioneta hábilmente, entra decenas de piernas, hasta donde estaban los niños para llamar su atención. En las ventas y el amor todo se vale. (Sí, también del manual. Aunque Rogelio nunca había conseguido una chica usando lo aprendido en el curso de ventas. Bueno, para ser justos, las ventas no tienen la culpa)

A cierta distancia y con la interferencia de tantas piernas la camioneta dejó de recibir señales del control remoto. Rogelio debía recuperar el juguete en terreno enemigo, justo frente a la puerta de Steren. Corrió entre la gente chocando las rodillas con bolsas de tiendas departamentales y cuando estaba a punto de llegar a su objetivo resbaló; mocasines baratos, piso de simulacro-mármol pulido, la señora de la limpieza trapeando. Mala combinación.

Una tomografía sacada en laboratorios Polanco (\$ 5,366.00 con tarjeta VRIM de descuento) revelará dentro de un mes un coágulo en la región occipital, debajo del centro visual y adyacente al centro motor –urgente y costosamente operable-. “Me he sentido mareado y confundido, a veces veo cosas”. El seguro de empleado no cubre lo que no te sucedió durante el trabajo –o de lo que no te acuerdas que te sucedió durante el trabajo-. Rogelio gana \$ 3,800.00 al mes más comisiones... esto hasta que sea despedido por su comportamiento errático en la tienda. El seguro de su madre cubrirá el 75% de los gastos luctuosos en el mismo día de la clausura de las olimpiadas.

Pequeños robots a control remoto disparan misiles desde Radio Shack mientras un sistema de vigilancia “instálelo-usted-mismo” en Steren identifica los proyectiles y los quema con un señalador laser. Un jeep de pilas de doble tracción TYCO atropella una y otra vez a un robosaurio, desmembrándolo, al tiempo que un cargador de pilas conectado al revés y, cargado de baterías NO recargables, detona bañando de ácido al empleado de Steren. El detector de fuego dispara la alarma a la que un autoestereo AKAWA montado sobre un display plástico responde con 96 decibeles de reguetón. “La mejor fidelidad para la mejor música”. El empleado de Steren se revuelca en el piso posiblemente por el dolor que le provocan las quemaduras, aunque se cubre los oídos. También tirado en el piso, agonizante, Rogelio toma el control remoto universal multifunciones y oprime “Turn on all”. ¿Bomba de hidrogeno?

Rogelio vuelve en sí, varias personas alrededor lo miran, algunos ríen. Recoge la camioneta y observa hacia la tienda rival. El empleado de Steren lo mira burlón mientras guía a los niños con su papá al interior de la tienda. Rogelio los ve emocionarse por un robot de control remoto con apenas cinco funciones de programación llamado simplemente Robot X1. El Robot X1 es una vil copia del modelo Robosapiens que vende Radio Shack, con más de diez funciones de programación, acabados en blanco y cromo, instructivo en varios idiomas y garantía de tres meses (no incluye baterías). Steren vende electrónica barata, hecha en México, que no cumple con ningún estándar. Las piezas mal terminadas, con rebabas y colorantes chinos probablemente tóxicos intentan copiar a los productos Norteamericanos que se venden en Radio Shack. (Radio Shack sólo vende productos *made in USA*, legalmente copiados de artículos originales japoneses o alemanes [Nota del Anunciante.]

“Sólo perdí una batalla”. En el interior de la tienda hay una clienta esperando que alguien la atienda frente al plasma RCA de 47 pulgadas. Una joven hermosa de sedoso pelo castaño, grandes ojos miel que recuerdan la ternura y promesa de animalidad de un gatito cachorro mientras aprende a rasguñar, labios delgados que cubren una luminosa sonrisa tímida. Rogelio concentra la mirada en las tetas y las nalgas, soberbias también, guardando la imagen para después, cuando ya en casa y después de que mamá se haya dormido, él se encierre en el baño a masturbarse. (*Idealizar la venta es la primera parte de vender*, Manual de ventas R.S., página 69)

Algo en la cabeza de Rogelio funciona diferente, se siente desinhibido y excitado, debe ser la chica frente a él. Hasta se ha olvidado de la caída y el golpe.

—¿En qué te puedo servir?

—Sólo estaba viendo, gracias.

Ella *sólo ve*, pero el deseo en sus ojos impulsa a Rogelio a insistir. Le cuenta todas las intimidades del plasma, incluso se atreve a mencionar los más profundos secretos de la televisión de alta definición, incluyendo algunos planes futuros de las transmisoras para hacer más estimulante y nítida la señal televisiva. El tono experto del vendedor va seduciendo a la chica que respira entrecortado ahora que la idea de tener el aparato frente a su cama la va penetrando. El futuro en imagen es prometedor y una chica como ésta requiere de seguridad y estabilidad; hablar de la garantía extendida para pantallas de plasma y de la facilidad y eficacia de operación del aparato son la cereza del pastel que con delicado tacto coloca Rogelio hablando bajo, casi suspirando, cerca del oído de la chica.

Ella respira profundo con los ojos cerrados, las mejillas levemente enrojecidas, se prepara para hacer la pregunta. Cuando abre los ojos él la mira fijamente y la hace tartamudear: —¿Cuánto... cuánto cuesta?

—Únicamente 23,990 pesos, ya con el IVA.

—Es mucho —dice ella mientras pasa suave las yemas de los dedos por el borde lustroso de la pantalla, despidiéndose. —¿Tienes algo más... sencillo?

Rogelio sabe que no puede perderla, necesita más información, conocer los deseos profundos de la clienta y hacerla sentir importante.

—Nada que te pueda dar la calidad de imagen de esta pantalla. ¿Te gustan las películas o las series? Pareces más una persona de documentales, el History Channel ya transmite en alta definición, y...

—La quiero para las olimpiadas, me gustan los deportes.

Rogelio tiene una idea: sabe que la comisión de venta no se la pueden retirar una vez hecha la transacción, incluso si el cliente devuelve el producto apegiándose a la garantía de la tienda de “satisfacción total”. Se emociona al preparar una proposición obscena a la mujer, incluso siente una presión creciendo en la bragueta.

—Podrías comprarla para ver las olimpiadas y, bueno, si no te sientes satisfecha puedes devolverla dentro de los 45 días de garantía.

Ella sonríe tímida y baja la mirada, se acerca a Rogelio y le pone la mano sobre el brazo. —De verdad, ¿sin compromisos?

—¡Claro! Pero es entre tú y yo. Acabando las olimpiadas regresas conmigo y yo hago el papeleo.

—Entonces me la llevo.

Rogelio camina hacia la caja y, agradecido por poder esconder la erección tras el mostrador, recibe la tarjeta de la clienta para completar la transacción. Ella le sonríe y él carga la caja de la pantalla hasta el coche una vez que sus compañeros vendedores han regresado. En el camino platican y Rogelio cree percibir, con la agudeza característica de un vendedor de electrónica, que ella le coquetea.

De regreso en la tienda mira satisfecho a su enemigo de enfrente que no puede disimular la envidia. Ha ganado esta batalla, y dentro de poco más de un mes, probablemente invitará a la chica a salir. Rogelio avisa a sus compañeros que va a almorzar, está algo mareado y sospecha que es por hambre. Se va sonriendo hacia el fast food, pensando en lo maravilloso de ser vendedor.

## EL OTRO LADO

Cayó de rodillas y la arena absorbió el impacto. Se pasó la lengua por los labios; pellejos y algo de sangre seca, dolor. Faltaban un par de horas para el atardecer y aún así los crueles rayos solares asaban su piel. Intentó incorporarse y se mareó. Apoyó las manos en la arena y fue como colocarlas sobre un comal listo para cocer tortillas; se sentó, la mezclilla grasienta del pantalón lo protegería durante un tiempo de abrasarse en la arena. Se pasó la amarillenta camiseta por la cara intentando recoger algo de sudor, pequeños granos de arena le lastimaron aún más la frente llagada. Exprimió con fuerza y unas cuantas gotas llegaron a la boca.

Sal y sangre.

Sed.

Juan había caminado todo el día. La cantimplora se la quitaron los otros, los que creía que eran iguales a él, los que lo traicionaron. Les rogó para que le dejaran el agua, no escucharon. Ellos subieron al camión del pollero pero Juan sabía que para cruzar la frontera lo mejor era hacerlo solo.

Décadas atrás los inmigrantes lograban pasar por centenas, hasta que se construyó el gran muro. Todavía algunos conseguían pasar, cuando menos eso creía Juan pues nadie regresó nunca al pueblo para contarles que había fracasado. Él conocía las trampas que le esperaban por lo que la gente del pueblo comentaba de los periódicos. Juan con dificultad sabía leer, de escribir nada, pero desde muy pequeño había escuchado sobre el muro.

La correa lastimándole la piel del cuello lo sacó del letargo. La correa de algo pesado. Tomó los viejos binoculares que le habían dado a cambio de sus gallinas y miró a través de ellos. Ahí estaba el muro, no tan lejos, promisorio y terrorífico a la vez. El corazón se le aceleró, creyó recobrar las fuerzas, haber

dejado sus animales y el jacalón donde vivía recobró cierto sentido. Se levantó, dio un par de pasos, uno más, trastabilló. Dio con la cara sobre la arena, tendido con los ojos abiertos hacia el poniente. Quedaban dos horas de intenso sol; su luz se convirtió en un resplandor de soledad azul.

“Tengo que cruzar al otro lado”.

Hacía frío, mucho. Una lagartija se metió entre la camiseta y la piel buscando calor. El reptil volvió a salir y se enterró en la arena.

Miró las estrellas sobre el horizonte, no lograba descifrar en qué momento abrió los ojos; tampoco cuando se había quedado dormido. El entumecimiento cesó sólo para que los calambres le azotaran las pantorrillas y la parte trasera de los muslos. Se levantó apoyando las palmas de las manos en la arena y se percató del frío. Tenía un largo camino que recorrer y ahora el miedo de perderse en la oscuridad le recordó que no había sido una estupidez cruzar el desierto de día. La noche era peor.

A cada paso los pies se le hundían, el roce de pequeños granos de arena lacerando entre los muslos y las axilas lo mantenía despierto. El miedo desapareció; frente a él y a tiro de piedra estaba el muro iluminado por tenues luces empotradas en los ladrillos. Tendría unos diez metros de alto y cada cincuenta metros a lo largo del muro se levantaba una torreta con cúpula de algún material plástico que parecía observarlo todo, como un panóptico. Cuando llegó a unos diez metros del muro se detuvo. Miró los graffitis que se extendían hacia ambos lados hasta perderse junto con la muralla. Intentó leer y silábicamente murmuró:

“No te que-re-mos a-quí”

Continuó leyendo, todas eran pintas contra los inmigrantes latinos, muchas contra los mexicanos, escritas, por lo que él pudo deducir, en perfecto español.

“Ve-te sub-hu-ma-no”

No entendió el significado de muchas palabras pero sabía que eran hirientes, y los insultos, esos sí que los comprendía.

“E-res mi-er-da”

Un graffiti llamó su atención entre todos: una cruz con un Cristo muy blanco y debajo una leyenda.

“Él no es un in-dio”

Se enfureció, estaba al tanto de que la mayor parte de los que vivían en el otro lado –al sur de los EUA- eran de origen latino, lo sabía por la televisión. Sabía también que del otro lado había trabajo, comida, la posibilidad de vivir mejor. No comprendía el odio a la propia raza. Los “gringos”, los rubios y altos, habitaban el extremo norte. En el sur en cambio... ¡TODOS los graffitis estaban en español!

Se acercó al muro, demasiado. Una luz se encendió en la torreta más cercana y el haz verdoso de una lámpara móvil comenzó a perseguirlo. Corrió en paralelo al muro, no quería alejarse. Las torretas se fueron encendiendo una a una. Sobre el muro un aparato que no logró identificar corría en rieles cromados, emitiendo un zumbido agudo y molesto mientras lo perseguía. Una compuerta se abrió en la pared y salió un tubo rematado con una boquilla de bronce. El pequeño cañón tronó y una nube de gas y polvo blanco se interpuso frente a Juan. Él se detuvo en seco y logró retroceder antes de penetrar por completo la nube. Comenzó a toser, los ojos le lloraban. Se recargó con el antebrazo derecho en el muro y comenzó a hacer arcadas, no tenía nada en el estómago que pudiera vomitar. El artefacto que lo seguía sobre rieles desaceleró y se detuvo frente a él, una lente enfocó a Juan y el delgado haz de luz verdosa lo recorrió de pies a cabeza. Abajo de la cámara el cañón de un arma que había salido de una pequeña

rendija en el muro apuntaba a la cabeza de Juan, un punto rojo entre sus cejas parpadeó tres veces.

Dos veces.

Una vez.

Cualquiera que quisiera vivir hubiera corrido aterrado. Juan retrocedió lentamente, sabía que estaba muerto, se resignó y alejándose un paso más del muro cerró los ojos.

Silencio. Nada sucedió.

Esperó, aguzó el oído y escuchó su propia respiración. Abrió los ojos lentamente, como quien espera ver una horrible aparición tras una pesadilla. Las luces de las torretas estaban apagadas, los artefactos habían desaparecido, la rendija en el muro se había cerrado, sólo la tenue luz permanecía iluminando el muro que, ahora le parecía a Juan, servía para resaltar los graffitis. Estaba cansado, muy cansado. Pero la extrañeza le dio cierta energía. Decidió confirmar sus sospechas, dio un paso al frente. Las luces en las torretas se volvieron a encender y así se quedaron. Dio otro paso y el zumbido reapareció por la derecha, el aparato que corría sobre rieles se acercó lentamente. Juan retrocedió y esta vez mantuvo los ojos bien abiertos. Los sistemas de seguridad cesaron. Frente a él, un graffiti parecía haber sido recién pintado.

“No tie-nes o-por-tu-ni-dad”

Descansó un poco, muy poco. El reto lo mantuvo inquieto.

Caminó varios minutos cerca del muro, manteniendo la distancia. La estructura de la muralla era la misma y se perdía de vista tanto al oriente como al occidente. Trazó una línea con el tacón de su bota sobre la arena donde consideró que era la distancia prudente. Tomó los binoculares y desató uno de los extremos de la correa. Se quitó las agujetas de las botas y los unió a la correa alargando está casi tres metros. Lanzó los binoculares desde atrás de la línea hacia una de las torretas

del muro sosteniendo el extremo suelto de las agujetas y se sorprendió al ver que nada ocurría. Recuperó los binoculares y repitió la acción un par de veces. El muro seguía impasible. La última vez que recobró los binoculares jalándolos con la agujeta notó que chocaban con algo. En la penumbra no estaba seguro pero parecía el cráneo de algún animal grande. Recorrió un largo trecho junto al muro y fue descubriendo varios cadáveres de perros, grandes lagartijas y otras cosas irreconocibles –o que no quiso reconocer como humanos-. Algunos eran sólo huesos y otros todavía exhibían algo de carne putrefacta. Entre la desesperación y el cansancio no había notado a cuantos seres les costó caro acercarse al muro. Tampoco notó que los cadáveres no desprendían olor alguno. Pensó que tal vez alguno de los animales podría tener algo de carne comible, pero lo que en realidad le preocupaba era la sed.

Se sentó a observar el muro; la superficie de ladrillo no era lisa y tenía algunos huecos que tal vez le ayudarían a escalar, pero no estaba muy seguro de ello. En cambio advirtió que había compuertas cada tantos metros –cuatro o cinco- que presentaban bordes lo suficiente anchos como para apoyarse. Arriba los rieles metálicos eran un excelente punto para asirse y ya de ahí el borde del muro podía alcanzarse estirándose lo suficiente. Se fijó también en el aparato que corría sobre los rieles, no era uno solo. Patrullaban el muro en lapsos de tiempo que a Juan le parecieron muy cortos, algo así como treinta segundos. Poniendo atención se podía escuchar el rozamiento que producían al deslizarse sobre los rieles. En el riel superior corrían de derecha a izquierda y en el inferior al contrario. Los rieles se veían fuertes, capaces de soportar el peso de Juan. La gran cantidad de sistemas de seguridad que revestían el muro eran, irónicamente, los escalones para alcanzar el otro lado. Juan sonrió con malicia.

“Sólo tengo una oportunidad, no hay camino de regreso”.

Debía detener los aparatos que corrían sobre los rieles. Como recordaba los hechos, *esas cosas* era una especie de ojos y detectaban sólo lo vivo. Mas le valía tener razón pues no podía gastar energías en comprobar sus ideas. Se quitó las botas que sin agujetas representaban más un riesgo que ayuda. Esperó la señal del sonido metálico, se persignó y corrió hacia el muro en un punto donde acababan de cruzarse dos de los artefactos. El zumbido de alarma llenó la noche y Juan saltó para alcanzar el borde de una compuerta. Los ojos mecánicos desaceleraron e invirtieron su marcha regresando al punto donde Juan escalaba. La compuerta donde se paró comenzó a abrirse lentamente y tuvo que apurarse a subir. Cuando llegó a los rieles enredó una agujeta a cada uno y saltó aunque fue como si se hubiera dejado caer. Cuando golpeó la arena los *ojos* lo tenían en la mira. Se levantó y caminando se fue hacia la derecha. Los artefactos intentaron seguirlo, se atoraron con las agujetas e incrementaron la fuerza de sus motores. Juan comenzó a escalar por otra compuerta que se había abierto y pasó frente a un arma con varios cañones de grueso diámetro. Rogó por no haberse equivocado y pasó lento frente al arma, intuyó que sin poderlo *ver* no le dispararía. Con la compuerta abierta fue más fácil escalar y aunque vio algo raro detrás del arma no quiso detenerse a averiguar; una percepción fugaz con el rabillo del ojo, demasiado espacio vacío dentro de la compuerta. Estaba ya colgado del riel superior cuando un insignificante chispazo lo distrajo; los artefactos en los rieles a su izquierda se quemaban. “Miles de dólares en tecnología detenidos por un par de agujetas de diez pesos” pensó divertido, con la sensación de prácticamente haber conseguido su objetivo. Estiró la mano y alcanzó el borde a ciegas, de pie sobre el riel. Empezaba a sonreír cuando tocó el cable. La electricidad corrió por su cuerpo hasta el pie descalzo apoyado en el metal del riel, creyó que moriría electrocutado pero sólo fue una sacudida que lo derribó. Instintivamente arrancó el cable eléctrico, roído y viejo, del que se

sujetaba, cayó sobre el arma de varios cañones en la compuerta abierta y logró detenerse de ella. Se apagaron las luces en ese pequeño sector del muro y la alarma. Un lejano murmullo de pequeños motores eléctricos se tornó cada vez más grave hasta detenerse.

El suspiro de una suave brisa interrumpido. Juan tosió, intentaba recobrar el aire. Le dolían las costillas, su tórax fue lo primero con lo que se impactó. Miró a ambos lados esperando el desastre, todo estaba en absurda calma. Bajó de los cañones y entró a la compuerta. Ahora entendía lo que había visto: nada. Unos cuantos cables mal conectados y espacio hueco donde el suponía que estaba el muro. Por fuera parecía de ladrillos y bloques de hormigón gruesos. Dentro era una estructura metálica bastante endeble deteniendo una delgada pared. Recordó una escenografía que vio una vez, de niño, cuando sus padres lo llevaron a un festival. Giró sobre sus talones y observó el arma sobre la que había caído hace poco; era de plástico y estaba doblada en la parte que él golpeo. Ningún indicio de municiones o cartuchos en la estructura. Lo que había era mucho plástico y diminutos foquitos ahora apagados. Recordó el cable roto, se miró la mano, ni una quemadura.

Sintió ese miedo que se tiene al no comprender la realidad. Avanzó por una especie de andamio enclenque y bajó por una escalera de aluminio de las que utilizan los pintores, de hecho, estaba manchada con los colores que había visto anteriormente en los graffitis, del otro lado del muro.

Estaba muy cansado y aunque no entendía casi nada, sí comprendió que no corría peligro por el momento. Se sentó en unos costales recargados contra el falso muro y le molestó la dureza de algo en el interior, al querer acomodarlo descubrió el contenido de uno de ellos. Los costales no estaban cerrados, nadie ahí se preocupaba de esconder algo. Sacó un fémur, y luego un cráneo humano

con algunos músculos y piel putrefacta. El olor lo sorprendió por sobre el asco; no era carne podrida. Reconoció el aroma artificial del caucho y el látex.

Amanecía, la sorpresa del muro falso y los cadáveres de mentira no le trajeron tranquilidad, por el contrario. Se levantó ansioso del improvisado lecho de partes humanas falsas y caminó sigilosamente buscando una fuente de agua. Un ligero silbido llamó su atención, se acercó a una especie de máquina de bombeo que tenía un extintor acoplado por la boquilla a una manguera, la unión, mal hecha con cinta de aislar, dejaba escapar algo de carga del extintor. Comprendió que aquella máquina del otro lado no lo roció con gases lacrimógenos, un extintor de fuego era *el arma* más fuerte que defendía el muro aparte, claro, de la disuasión. Intentó calmarse al comprender la situación, pero aún creía que en cualquier momento un guardia de la policía fronteriza podía dar con él. Sentía la lengua seca, antes de internarse a los Estados Unidos debía encontrar agua.

Se topó caminando con una llave sobresaliente a un tubo incrustado en el piso, la giró pero nada salió de ella, vibró un momento y al final unas gotas de líquido café escurrieron. Buscó alrededor: embalajes, trozos de unicel, bolsas plásticas y pedazos de aluminio similares a la estructura del muro. Más allá, hacia el norte, no había otra cosa que desierto.

Se desesperó, la debilidad y algo de fiebre comenzaban a minarlo. Por un momento creyó que alucinaba cuando a unos cincuenta metros, junto al muro, vio una construcción; una de esas oficinas provisionales construidas en lámina metálica, cuadrada, con una puerta y dos ventanas. La oficina estaba conectada a una de las torretas de vigilancia. Se talló los ojos y caminó hasta la puerta. Sintió que debía tocar antes de entrar, le pareció ridículo pero ya en este punto no sabía a qué atenerse. Golpeó la puerta un par de veces, nadie contestó. Empujó la puerta y no le sorprendió que estuviera abierta. Entró. Un escritorio con una

computadora obsoleta y dos sillas desvencijadas, un par de gavetas y una máquina de refrescos junto a la cual una escalera de caracol subía a la torre, un poco más a la derecha vio una puertita a la que se asomó y descubrió un baño. Nadie.

En el baño intentó conseguir agua, no hubo en las llaves y no hubo en el escusado. Sólo encontró un pequeño botiquín de primeros auxilios, lo tomó y salió del baño. Se acercó a la máquina de refrescos, emitía un leve rumor y vibraba. Era grande, roja con una franja blanca sinuosa. Comenzó a golpearla desesperado. La sed. Se buscó en un reflejo inútil alguna moneda en los bolsillos del pantalón. Corrió a las gavetas y las abrió: Puerta de arriba, uniformes de mantenimiento. Puerta de en medio, cosas de electrónica y refacciones para alguna máquina. Puerta de abajo, caja de herramientas. Sonrió.

Dentro de la caja encontró una barreta y la usó para forzar la máquina de refrescos, una lata cayó a sus pies, la abrió y el gas del refresco agitado derramó más de la mitad. Bebió y una chispa de vida le iluminó los ojos.

Subió por la escalera hasta la cúpula plástica de la torreta. Arriba no había nada más que una pequeña plataforma de observación construida con aluminio y sin barandal. Miró a través de la cúpula hacia México. Desierto hasta donde su vista alcanzó. El sol, desde el oriente, dibujaba largas sombras en las ondulaciones de la arena y ahí, en ningún lugar en particular vio a un hombre tirado, boca abajo, con el rostro hacia el poniente, lejos. Juan recordó los binoculares pero no así donde los había dejado. Por un instante tuvo la certeza inconsciente de saber quién era aquel hombre.

“Quédate donde estás, donde perteneces”

La certeza se desvaneció, dio media vuelta y bajó las escaleras.

Salió de la oficina media hora después. Se había curado las heridas que el sol y la batalla contra el muro le habían causado. Enfundado en el traje de

mantenimiento –un mono, gorra, botas y un gafete con la foto de alguien igual de moreno que él- comenzó a caminar con dirección al norte.

Cargaba la caja de herramientas llena con latas de refresco.

## **S.E.C.A.**

*And it don't matter if you're straight or gay*

*you should fuck yourself anyway [...]*

*If you can't even fuck yourself,*

*how ya gonna fuck somebody else?*

Frank Zappa & Steve Vai, *Fuck yourself*

Son misteriosos los caminos de la evolución. Esta frase podría parecer una herejía pero ya no quedan católicos para juzgarme. Bueno, ya no quedan hombres católicos, que mujeres católicas sí. Pero ellas piensan diferente. Los hombres se extinguen. Corrijo, los hombres occidentales, en un porcentaje altísimo. Que tampoco los hombres exactamente, si hablamos de género. Vaya, para ser precisos: El 69.7% de los hombres occidentales heterosexuales, mayores de dieciocho años, están muertos y de seguir la tendencia, la cifra podría alcanzar un 90%. Los casos de muerte en menores de edad no son representativos en cuanto a números, pero es de suponerse que igual de trágicos o más, por las características específicas del padecimiento, tan terrible, que ha disminuido considerablemente la población masculina en la Tierra. Los casos de mujeres que sufren el padecimiento son mínimos y el total de los casos apenas rebaza al porcentaje de no heterosexuales, no occidentales y “otros”; tal como aparece catalogado en el informe de la OMS y que agrupa básicamente diferencias raciales, de credo y aislamiento cultural. Yo mismo estuve a punto de morir y en consecuencia, de no descubrir, la cura para el Síndrome de Estreñimiento Colectivo Adquirido. S.E.C.A., por sus siglas en español.

Sé que muchos de ustedes no quieren oírme, que han tomado una decisión. Pero la dirección de este hospital me ha solicitado que les hable. Sólo

pido que me escuchen con actitud abierta y hasta el final. Tampoco es que puedan salirse de aquí, o que tengan algo mejor que hacer. Ustedes están desahuciados. A menos, claro, de que logre convencerlos de lo contrario. Disculparán mi desenfado y que no me tome tan en serio su situación. Les adelanto que, parte de la solución para su mal -y el mío-, es dejar de tomarse tan en serio las cosas.

Al principio se le dio menos importancia a la enfermedad de la que tenía, pero cuando los doctores más dedicados y resueltos a descubrir la causa del nuevo mal, comenzaron a morir como moscas, los ojos del mundo se abrieron. Hubo alarma en todos los países y muchas fronteras se cerraron dada la distribución geográfica del S.E.C.A., donde en América y Europa se registraban la mayoría de los casos. Se intuyó que era un nuevo virus y se canceló todo intercambio de productos, principalmente alimentos, entre las naciones.

En este momento se preguntarán quién soy yo y cómo es que me involucré en este asunto tanto que acabé descubriendo la solución para el S.E.C.A. Y aunque no se lo pregunten, voy a contárselos.

Me involucré casi por accidente y la solución, que todos conocen, es tan sencilla que parece inverosímil que ustedes sigan esperando la muerte, no por desconocimiento, mas sí por necesidad. Por eso me reúno con ustedes, para contarles la historia de la peor pandemia sufrida por la humanidad desde la peste negra. Me reúno con ustedes para intentar convencerlos de que el tratamiento no es nada antinatural, mucho menos pecado. Y sobre todo, me reúno con ustedes, porque sus amigos y familiares quieren que *ustedes* vivan.

Mi nombre es Oscar, y tengo cuarenta años. Estoy felizmente casado desde hace quince con una maravillosa mujer. Soy mexicano, tengo un trabajo en una corporación y me considero creyente en Dios. Como pueden apreciar, soy el candidato ideal, según las estadísticas, para padecer el S.E.C.A. Y sin embargo

estoy vivo y no sufro de estreñimiento alguno. Voy al baño una vez al día. Incluso dos cuando he disfrutado opíparamente de excelentes alimentos. ¿Hace cuánto que ustedes no comen algo sólido? ¿Hace cuánto que están conectados recibiendo nutrientes por vía intravenosa? Les advierto algo: El S.E.C.A. evoluciona, y si no se tratan, incluso las pequeñas cantidades de gas producido por su flora intestinal, al irse acumulando, los puede hacer reventar.

Hemos descubierto que la única forma de prevenir el S.E.C.A. es con la estimulación erótico-rectal. Vamos, no pongan esas caras largas. Para nosotros parece anormal e impropio. Pecado y sodomía. Occidentales al fin de cuentas. Se ha verificado que la población homosexual no padece el trastorno. Unos cuantos casos aislados, de homosexuales solo activos que detestaban ser pasivos, confirma la regla. Aunque la enfermedad se cura en los hombres con terapia de penetración anal, no es precisamente este hecho la cura en sí misma. Es el cambio de paradigma, es el aceptar ser penetrados lo que salva vidas. Con excepción de contados casos en todo el mundo, las mujeres no padecen el S.E.C.A. La historia de la humanidad aquí nos da la razón. ¿Durante cuantos milenios las mujeres lo han aceptado? Y por favor, no piensen que hablo de sexo, ni anal, ni lo que consideramos “normal”. Hablo de cultura. En otras naciones, de otra tradición, no todos los hombres practican la estimulación rectal. Sin embargo no padecen la enfermedad. Pero tampoco se preocupan demasiado por su hombría u ocupar su lugar consciente e inconsciente de exclusivamente penetradores. Nosotros, en cambio, bueno. Creo que no tengo que hablarles de Freud, ¿verdad?

Dejen de verme así, no soy distinto a ustedes, salvo por un detalle. He aceptado lo impostergable. Cambiar o extinguirse. Escogí el cambio. Y créanme, dudé al principio. Creí que mi esposa me despreciaría, pero no fue así, por el contrario ella me ayudo y, de paso, mejoramos nuestra relación. Algo muy triste

he de contarles, mi padre no lo aceptó. Le expliqué el proceso, le conseguí diferentes estimuladores, incluso instruí a mi madre para que lo ayudara. Pero él se dejó morir y, los que han perdido un ser querido lo saben, duele mucho la muerte cuando es por necesidad.

¡Vamos señores! Den el paso. Nadie les está pidiendo que cambien sus preferencias de género. El tratamiento puede ser autoinducido o, si lo desean, hay enfermeras aquí, capacitadas. No serán menos hombres.

Sus familiares quieren que vivan. Les repartiré un manual, verán que es sencillo. Por favor no se dejen morir, cambiemos el paradigma.

## ESTIRAR LA LIGA

Probablemente muchos de ustedes creen que soy un monstruo. No los culpo pues mis métodos fueron terribles. Durante quince años les brindé deportes diferentes, formas novedosas de arte y los más polémicos reality shows. Claro que amasé una cuantiosa fortuna y estoy dentro de los diez más ricos del planeta, eso... no es mi culpa. El mundo y sus reglas son una gran liga que puede estirarse. La capacidad para doblar las leyes de nuestro sistema es lo que vi y aproveche. El dinero que ustedes invirtieron en mí, ya por negocio ya por diversión, fue tan sólo un medio para concretar mi plan, que están a punto de entender. No espero ni deseo su perdón, tampoco los perdono yo a ustedes. No quise darles una lección; para eso habría bastado escribir un cuento; pero a nadie le gusta que le den lecciones. En realidad ustedes me importan menos que los peces en mi pecera. Lo importante era estirar la liga lo suficiente.

Recordarán que mi primer éxito en el negocio de los espectáculos fue la producción del programa “Bestias a muerte”, donde se transmitían peleas de animales. Comencé mi carrera en un país donde no se legislaba en contra del maltrato a los animales (les sorprendería lo extenso de la lista) y como servicio de tv por internet; luego en tv de paga y finalmente abierta. Cuando un programa es éxito comercial, no importa el contenido sino las abultadas carteras de los patrocinadores. Los sábados, tarde en la noche para que *no lo vieran los niños*, podías observar animales de diferentes especies matándose. También tuve los primeros problemas legales. Bastó con decir que era una forma de documentar lo que sucedía en los “países poco civilizados” y cambiar un poco el formato para que el programa se mantuviera al aire. Curiosamente los mayores ratings venían de “los países más civilizados”, así como las ganancias de los sitios virtuales de apuestas.

Después incursioné en el mundo de los deportes, con el famoso “Pollo-pateado”, ¿recuerdan? Dos equipos, doce personas, 120 pollos. Dentro de una cancha de treinta por cincuenta metros los equipos debían sacar por la meta del rival la mayor cantidad de pollos pateándolos. Claro que las reglas eran más complejas; por ejemplo, una vez pateado el pollo no debía volver a tocar el piso así que la exigencia de habilidades a los jugadores no era cualquier cosa, a veces el pollo ayudaba con algunos aleteos, cuando sobrevivía a la primera patada. La complejidad de las reglas que requerían de cinco árbitros, la necesidad de habilidades técnicas de los jugadores para chutar pollos y lo divertido del juego (porque, sean honestos, un pollo cruzando los aires en vuelo descontrolado les resultaba hilarante) hicieron que la atención se fijara en la competición y no en el sacrificio de los pollos. Cuando los problemas legales vinieron, vimos que sólo infringíamos una ley que vigilaba el desperdicio de alimentos, así que los pollos pateados comenzaron a venderse rostizados en el mismo estadio; la suavidad de su carne no tenía igual. Además, la demostración por parte de mi equipo de abogados, de que los pollos en granjas, destinados al consumo humano sufrían más que los bien alimentados y cuidados pollos del deporte, logró que dejaran de criticar el juego. Los televidentes contestaban con orgullo y seguridad ética a quien los cuestionaba: ¿Qué? ¿Tú no comes pollo?

Los pateapollos salían en las revistas de deportes, salían en anuncios de Nike y, por supuesto, salían con supermodelos.

Con varios proyectos en puerta, logré hacerme de mi propia televisora. No estoy aquí para dar cátedra sobre cómo alcanzar el éxito. Para eso escribí un libro y, por cierto, gracias por comprarlo. Los fondos recaudados con la venta de varios millones de copias se usaron para rescatar económicamente a la industria de la moda con pieles naturales. Era necesario utilizar todos mis recursos para llamar su atención, así, pues, la nueva televisora comenzó a funcionar con

grandes logros y la liga se siguió estirando. Hoy me retiro del mundo de la televisión, muchos creen que yo perdí y que ustedes ganaron, pero están equivocados y si aún no lo han entendido, pronto lo harán.

Recordarán que en las mañanas presentábamos el programa de arte “Pintando con peces de colores”. Al principio recibimos muchas críticas pues decían que nuestro sistema de pintura no era verdadero arte, decían también que era una vil copia del clásico “Pintando con Bob Ross”. La discusión giró en torno a que era el arte y mientras pudimos seguir transmitiendo, los peces pasaron a un nivel secundario. Tanta discusión sobre qué es y que no es el arte provocó que el programa creciera en audiencia pues no existe la mala publicidad. También facturamos mucho dinero con el equipo necesario para pintar. Si recuerdan, el funcionamiento era muy sencillo. Un extremo de manguera se introducía a una pecera recientemente cargada con pececillos de colores que eran succionados por el potente motor de caballo y medio de fuerza y luego expulsados por el lanzador-brocha. El lienzo, generalmente ubicado a dos metros del artista, se coloreaba con los peces que se estrellaban contra él. En opinión de algunos expertos, nuestro arte era mejor que el de Bob Ross, por lo abstracto. Pintar con peces era una experiencia más a lo “Pollock”.

El otro gran programa fue “Cocinando animales vivos”, donde gente famosa compartía recetas con el público. En general la gente famosa no sabe cocinar, pero eso no importa, se escribe un guión, se copia una receta de algún país extraño, se le paga una buena cantidad a un famoso y se tiene un programa de cocina. El toque de exotiquez era un extra que los famosos agradecían, los volvía más especiales. ¿Problemas legales? ¡Por supuesto! No se puede hacer buena televisión sin escándalo. Por cada millón perdido en demandas se ganan cinco al aumentar el rating. Aquí los abogados recurrieron al respeto de “los usos y costumbres” de los pueblos como forma de conservar la cultura. Otra vez

hicimos algunos cambios como tener pequeñas cápsulas documentales sobre los países de origen de la comida y un momento de profundidad y sinceridad con los famosos donde se exploraban los usos y costumbres. Entonces pudimos servir perro hervido, cocinar a fuego lento serpientes vivas y -esto no es nada exótico, sólo caro-, arrojar langostas al agua caliente. Si una cultura milenaria lo hacía, no podías criticar las costumbres so pena de ser considerado un discriminador o racista. Hay que saber de qué lado se estira la liga.

Los programas más extremos fueron los reality “Cazadores de ballenas” y “La nieve en carne viva”. En el primero yo mismo me embarqué en la aventura de ser un miembro de la tripulación en un barco ballenero y vivir los contratiempos provocados, principalmente, por Greenpeace. El segundo programa mostraba la dura vida de los cazadores de focas y las vicisitudes de su trabajo, descubriendo el lado humano puesto al límite.

Para este momento muchos grupos ambientalistas se habían unido y cada vez más personas boicoteaban mis producciones. La liga se estaba estirando a sus máximos. Mientras el deporte de la caza, la doma de animales y el polo-armadura (Que realmente no funcionó pues los jockeys son bastante cobardes en cuanto se les dan armas) se mostraban en televisión junto con programas científicos sobre el uso de los animales en la experimentación y las ventajas que de ellos obtenemos, las protestas comenzaron a crecer exponencialmente y algunos gobiernos decidieron, tibiamente al principio, tomar cartas en el asunto.

Recuerdo el programa sobre psicología familiar de mi televisora, donde el conductor aconsejaba que todo niño tuviera una mascota y que esta debería morir en determinado momento (natural o artificialmente) para que el niño se acostumbrara al concepto de la muerte. Además la tortura a los animales, decía el conductor, era una etapa normal en el desarrollo del infante. En ese programa fue donde un grupo de activistas pro-animales tomó el control de las cámaras y

por quince minutos se hicieron conocer. La liga había alcanzado su máxima tirantez.

En pocas semanas llovieron las protestas y las demandas, de pronto, millones de espectadores fieles a mi televisora se convirtieron en activistas. Entonces, con el más grande equipo de abogados jamás visto, defendí cada una de mis actividades refugiándome en la protección que otros recibían. En algunos casos apelamos al Arte y la Tradición, y nos escudamos bajo el capote de la tauromaquia. Los usos y costumbres fueron una gran defensa como en la charrería, las peleas de gallos, y la alimentación de los pueblos. Las leyes sobre explotación animal las evadimos con las mismas jurisprudencias de los laboratorios, zoológicos, empacadoras de alimentos y tiendas de mascotas. Los deportes, como generadores de cuantiosos recursos económicos, fueron defendidos por patrocinadores y compañías de apuestas, amparados junto a las carreras de caballos y perros, el polo y la equitación entre otros. Pero todos íbamos a perder.

Si querían quitarme mi televisora, tendrían también que legislar y aplicar nuevas leyes a todos los que explotábamos animales, y a nivel mundial, ya que siempre podría continuar mis actividades en otro país. Curiosamente, aunque había gobiernos menos interesados en el tema, la gente de sus países compartía la misma indignación mundial. La televisora comenzó a caer en los ratings como una piedra. Había llegado el momento de romper la liga.

Con el pretexto de salvar la televisora inventé el más extremo de los eventos: “La jaula de la muerte”. Un humano sin más armas que sus manos y un animal salvaje enfrentados a muerte por un millón de dólares. Por una obligación jurídica y penal, el humano podía rendirse en cualquier momento, gracias a un collar electrificado alrededor del cuello del animal activado desde afuera, y así salvar su vida. El animal, bueno, no podía rendirse. Si el animal ganaba por

muerte o rendición el millón de dólares se entregaría a una asociación conservacionista de la vida animal. Ninguna, en absoluto, aceptó el ofrecimiento, así que creé mi propia asociación.

Es increíble lo que un humano puede hacer con sus propias manos. En tres semanas de transmisiones sólo han ganado los animales seis veces. Lobos, canguros, leopardos, perros y hasta un búfalo fueron vencidos por humanos. El dinero es un gran motivador.

El programa salió al aire y la liga se rompió. Como en el infierno de Dante el castigo para los glotones es saturarse, atascarse de la carne y entonces reventar. La única forma para acabar con un gusto es hartarse de él hasta vomitarlo. Para acabar con el entretenimiento que les proporcioné tuvieron que acabar con todos los anteriores.

Hoy mi asociación para la protección y los derechos de los animales recibirá la transferencia de gran parte del dinero que he acumulado. La televisora será cedida a un grupo de varios productores y documentalistas en pro de los derechos de los animales y lo que quede de mi fortuna, ya está arreglado por mis abogados, se utilizara únicamente para apoyar el rescate de la naturaleza, convirtiendo esta actividad en una empresa rentable que no tenga que sobrevivir con donativos. ¿Por qué? Porque ese era el plan desde el inicio. No pretendo, como dije en un principio, reconocimiento, me desprecio casi tanto como a todos ustedes que hicieron esto posible, fui el mayor criminal para acabar con un crimen. Pero el cambio está hecho y es lo único que me da cierta paz. En este momento las fuerzas del orden están entrando al edificio para arrestarme. Me he encerrado en el estudio y estoy sólo. Voy a entrar contra un oso polar para el último programa de “La jaula de la muerte”, nadie ha vencido a un oso. No hay quien lo electrocute si llego a rendirme, cosa que no haré, y tampoco es un

suicidio ni busco la redención. Es el último espectáculo para ustedes, los pocos imbéciles que quedan ahí, esperando para ver morir un animal.

## LUNA DE INVIERNO

Verónica terminó de lavarse los dientes, frente al espejo se acomodó un mechón de cabello que caía sobre su cara. Ajustó la bata ciñéndole el cordón por la cintura y salió del baño. En la recámara apagó las luces principales. Dejó encendida la luz tenue de la lámpara en el buró. Caminó hacia la escalera que conducía a la planta baja. La proyección desprendida de la televisión, acompañada por su incoherente rumor de voces, erigía fantasmas que bailaban entre las sombras del cubo de la escalera. Bajó dos escalones y se detuvo justo donde su esposo pudiera escucharla sin verla. Planeaba una sorpresa.

—¿Vienes a la cama?

—¿Eh?

—Digo que si ya vienes a acostarte.

—Pronto. Pasan un programa interesante, sobre parejas famosas.

—Está bien pero no tardes. Y no olvides encender la calefacción, cariño.

—No hace tanto frío.

Verónica regresó a la recámara y se quedó de pie un rato junto a la cama. Miró por la ventana, la Luna llena sustraía, con resplandores y reflejos húmedos, la gris monotonía a la bruma. Desde muy joven le gustaba la Luna llena, contemplarla: Redonda, fecunda, brillante. También disfrutaba de escribir poesía, recordó:

*De súbito, el instante que abofetea ominoso*

*Y casi al tiempo se olvida,*

*La sutil evidencia difama.*

La Luna llena había sido ayer.

Verónica se fijó en la curvatura con más cuidado. Sí, daba inicio la fase menguante. Acarició con los dedos el antiquísimo armario donde los atavíos de varias generaciones de mujeres en su familia se habían protegido del exterior. Pasó suaves las puntas de los dedos y laceró, al final de la caricia, la vieja madera con las uñas.

Miró el reloj en el buró y se acercó a la escalera; fantasmas de media noche: El fulgor y los rumores de la televisión. Regresó hasta el armario, se quitó la bata y la colgó. Un camisón de seda ajustado sobre su piel dibujó sensuales curvas rojas a contraluz. Los muslos rotundamente desnudos. Buscó en un cajón su pijama de franela, esa que usaba en los días de invierno. Sacó un brazo del camisón y la tela resbaló, como arena de un puño que inútil se crispa, acariciando su cuerpo hasta caer al piso; se estremeció. Sujetándose del armario metió las piernas en el pantalón de la pijama, luego se puso la parte de arriba, la gruesa tela ocultó aquellos senos, cuya piel acariciara momentos antes la luna.

Verónica se metió entre las sábanas, tembló un poco y esperó a que la cama se calentara. Se quedó dormida hecha un ovillo.

Ese invierno fue uno de los más fríos.

## UNO CON MUCHOS MONSTRUOS

*Realidad es lo que no desaparece  
cuando has dejado de creer en ella.*

- Philip K. Dick -

Me preguntaron que por qué una escritora como yo siempre escribe sobre escribir, por qué mis personajes son creadores que no pueden crear o que les resulta doloroso. Dramaturgos, cineastas, pintores o novelistas frustrados, esos son mis personajes. Creo que se debe a mi propia frustración por no poder escribir sobre lo que quiero, entonces me dedico a contar las historias de *los que no pueden* contar historias, como la que estoy por contarles y que le sucede a mi personaje favorito: Yo.

—¿Me cuentas una historia de miedo, mamá?

—Mejor no, hijo. Después tienes pesadillas.

—Pero no CON tus cuentos, esos me gustan.

—Anda pues, métete a la cama. ¿Cuál quieres oír?

—No sé, uno con muchos monstruos.

La mujer arropó con las cobijas a su pequeño, tomó el osito de felpa favorito de su hijo y se lo dio. El niño abrazó fuerte al juguete y se dispuso a escucharla; excelente contando historias, madre perfecta.

Lobos acechando pequeñas niñas, brujas que querían devorar hermanitos, madrastras terribles, dragones, diablillos, hechiceros. Y siempre un héroe al rescate. La belleza y entonación adecuada en las palabras de la madre emocionaban al hijo, los cuentos clásicos aderezados cada noche por el amor y la creatividad de la mujer.

El niño se quedó dormido, como muchas noches, con la sonrisa en el rostro de quien se sabe protegido. Ella lo besó en la frente, salió sigilosa de la habitación, lo miró un instante desde el marco de la puerta y apagó la luz. Dejó entreabierta la puerta.

La mujer se sirvió una taza de té en la cocina, la llevó a su habitación. Encendió la computadora; sobre la simulada hoja tamaño carta destellaba el cursor. Ni una palabra escrita. Se sentó en la cama, bebió un sorbo del té, se levantó con pesar y deambuló por la recámara buscando, como si la frase para comenzar flotara en el aire y en determinado momento la pudiera respirar. Se detuvo frente a la computadora, dejó la taza vacía en el escritorio, recargó las manos en el respaldo de la silla y se quedó mirando varios minutos la página en blanco. El protector de pantalla mostrando fotos de ella y su hijo la sacó del pequeño trance. Se sentó en la silla con la mirada clavada en el monitor; ella cargando al bebe, los primeros pasos del niño, un cumpleaños donde ella ayuda a soplar las cuatro velas del pastel, el niño riendo tomado de las manos de papá y mamá, uno a cada lado...

Movió el ratón para hacer desaparecer el protector de pantalla. La hoja en blanco. Abrió la carpeta donde estaban las fotos. ¿Cómo se le había escapado ésa? Intentó editarla pero le parecía horrendo “cortarle” la mano a su hijo y no podía cortársela al padre, aparecería la mano en la foto. Eliminó la imagen. Entró a la papelera de reciclaje y moviendo el ratón se colocó sobre *Vaciar*. No lo hizo y la papelera continuó como desde hacía dos años acumulando documentos e imágenes. Se justificaba imaginando que un día buscaría un borrador de algún cuento o novela que, de vaciar la papelera, habría perdido para siempre. A veces imaginaba que en ese pequeño icono sobre la pantalla vivían apretujados muchos monstruos del pasado; reía de la absurda idea, justo hasta que de la risa sobrevenía el llanto, entonces ella se obligaba a pensar en otra cosa.

Cerró todas las ventanas en su computadora excepto la de la hoja en blanco. Tecléo un par de frases y las borró. No había caso, hoy tampoco podría escribir nada. Apagó la computadora y las luces. Se acostó. Tardó mucho tiempo en quedarse dormida.

*Está debajo de la cama, no le tenemos miedo. Se ha llevado a oso. Nuestro deber; rescatarlo. Luchamos contra él, es grande y fuerte, la cabeza es la de un lobo feroz pero puede hablar y su voz es la de una vieja bruja. Dice que nos comerá. Tomamos una espada y peleamos. Aparecen dragones de membranosas alas pero no les tememos. Luchamos contra muchos y también podemos volar como ellos y entonces ÉL viene a ayudarnos. Tiene una armadura brillante, es muy grande y poderoso. Coloca su mano sobre nuestra cabeza y nos hace un cariño. Avanza contra las bestias que siguen saliendo de abajo de la cama, muchas huyen con sólo verle. Las más tontas intentan pelear pero ÉL las vence fácilmente. La armadura resiste, sin ensuciarse siquiera, a las garras de las más terribles bestias. Todo se ilumina con una hermosa luz que nos da seguridad. ÉL, con su perfecta armadura, se acerca a nosotros que estamos sentados en la cama, trae una mano escondida en la espalda, nos la muestra. Oso ha sido rescatado, está bien. Lo abrazamos, todos nos abrazamos. ÉL nos abraza. Estamos seguros, felices, extasiados. Entonces entran por las ventanas y por la puerta derribada, traen uniformes y pistolas. Se disparan unos a otros, se mueren. Por los gigantescos agujeros en sus cuerpos sale sangre, una horrible sangre viscosa que nos da asco. No como la de los dragones y los demonios, ésta es igual a la nuestra -huele y sabe- que nos sale de los ojos y los oídos. Hay fuego y destrucción, un muro se derrumba y vemos afuera incendios y gente quemada. Edificios derruidos y monstruos humanoides con machetes persiguiéndose. Uno trae la cabeza de alguien, decapitada, sujeta con la mano por el cabello y el cabello se convierte en gusanos. ÉL nos intenta proteger, nos limpia las lágrimas que son rojas y son sangre y son cucarachas y son gusanos y son ceniza. ÉL nos abraza fuerte y oímos las balas golpear su armadura y creemos que es graniizo cayendo en un techo de plástico pero no es graniizo porque el graniizo no hace hoyos en el metal ni saca sangre y*

*ÉL está sangrando y nos aprieta muy fuerte y no podemos respirar y su respiración se entrecorta y solloza y nunca lo habíamos visto llorar y no para y queremos verle la cara que le cubre el casco de la armadura que ahora es vieja y perforada y sin brillo y le sale sangre y lodo con insectos por los agujeros. Se cae... Silencio... Frío... La armadura está hueca, lo sabemos. Nos da miedo levantar la visera del casco pero nos impulsa lo desconocido a hacerlo, damos algunos pasos hacia la armadura que está muy cerca pero así demos cien, mil, un millón de pasos nunca la alcanzaremos y nuestra mano se estira y nos duele y nuestro brazo hormiguea y ya no es nuestro y la visera está muy cerca pero nunca lo suficiente y los dedos la rozan y el casco sin brillo y la visera cerrada no se puede abrir, no ahora, nunca, nunca más... Papá no está adentro.*

Ella soñaba con un bote de basura. Del bote salía una mano amputada y pretendía llevarse a su hijo. Entonces el grito del niño la despertó. Corrió a la recámara del pequeño y lo vio sentado, sollozando. Supo de inmediato que su hijo también había tenido una pesadilla. En un tierno abrazo intentó reconfortarlo. Lo besó varias veces en la cabeza hasta que el niño pudo hablar.

—¿Por qué se fue mi papá de la casa?

—Ya lo hemos hablado hijo... A veces las parejas se separan.

—¡Pero yo no quiero!

Tardó menos de media hora en volver a quedarse dormido. Era esa edad en que el más terrible de los miedos no logra quitar el sueño si tu madre te abraza. Ella en cambio no pudo cerrar los ojos por lo que restó de la noche. Después de darse por vencida y muchas vueltas en la cama se levantó y, en un esfuerzo neurótico, comenzó a escribir de nuevo. Abrió los archivos de viejas historias sin final. Argumentos, personajes, situaciones. Todos los nudos sin resolución. Princesas en apuros y pueblos bajo la sombra de temibles monstruos. Combinó

historias y buscó nuevos héroes para resolverlas. Extendió las tramas hasta sus últimas consecuencias. Sonó el despertador y no tenía un solo final.

Agotada, arrastrando los pies dentro de unas pantuflas tres números más grandes, recorrió el interminable pasillo hasta la recámara de su hijo. Lo despertó con un cariño en el rostro y le ayudó a vestirse y alistarse para ir al colegio.

Se sentaron en los banquitos, frente a la pequeña mesa dentro de la cocina. La mesa grande, la del comedor, la usaban poco y definitivamente nunca para desayunar. El niño untó un pan con mermelada. Había terminado el plato de fruta fresca que mamá acababa de servir y le faltaba poco para terminar su vaso de leche. La mujer encendió el pequeño televisor blanco y negro que, junto a la licuadora y la cafetera, se había convertido en un electrodoméstico más de la cocina. El sonido de la tele era un consolador ruido de fondo, mejor que el silencio. Sintonizó el programa de siempre; las noticias de la mañana:

“...muertos, y quince heridos. Beirut sigue bajo el fuego de...”

—¿Puedo tomar más leche? —Preguntó el niño con un bigote blanco sobre la boca, sosteniendo el vaso vacío.

La madre asintió con la cabeza mientras se servía café. Tomó una cuchara y colocó un terrón de azúcar en la taza. Revolvió el café con la cuchara largo tiempo, como si intentara disolver sus pensamientos. El niño tomó el bote de leche y se sirvió mientras observaba de reojo la televisión.

“...mientras tanto, en México, otra víctima del secuestro pierde la...”

—Te preparé un sándwich para el recreo. Lo metí en tu mochila.

—Gracias mamá —dijo el niño y bebió un sorbo de leche.

“...narcotraficantes asesinan y decapitan al funcionario de la policía durante...”

—Anoche tuviste una pesadilla, hijo.

—No me acuerdo —contestó despreocupado el niño que ahora ponía más atención a la televisión.

“...con palos y machetes en Oaxaca, una bala perdida mató a una joven...”

—Pues creo que ya no te contaré cuentos, no de esos.

El niño miró sorprendido a su madre y le suplicó: —¡Pero tus cuentos me gustan mucho, de verdad que no me dan miedo!

—¿Entonces por qué sueñas cosas feas? —Preguntó frustrada la madre y tomó la mano de su hijo—, ¿Qué es lo que te da miedo?

Sinceramente afligido el niño la miró y apretó sus manitas contra la mano de ella, apenas balbuceó: —No lo sé.

Así se quedaron largo rato, mirándose mutuamente, pretendiendo que nada ocurría fuera de ese mínimo núcleo. Detrás de ellos en la pantalla blanco y negro varias personas daban patadas y golpeaban al cuerpo inerte de un hombre, después le prendieron fuego. La voz del cronista de noticias sentenciaba, sobre un tenue fondo musical dramático:

*“Nadie para ayudarlo, ninguna persona consciente de los actos de barbarie. Vivimos un tiempo sin sentido común, sin héroes”*

FIN

Claro que ese no es el fin de la historia, si nunca me hubiera dado cuenta de lo que le afectaba a mi hijo habría seguido escribiendo sobre heroicos paladines de armaduras relucientes, y no es que tenga algo contra el género, es que ya no me dice nada a mí. Al fin pude escribir algo con final sin que nadie viniera a rescatarnos y sin que yo tuviera una toma de conciencia. (Que la tuve, pero no la incluí)

Este cuento se lo dediqué a mi hijo. El aún tiene pesadillas, en la más reciente soñó que él era yo, su propia madre, y se puso a escribir este cuento.

Pendiente para hoy: Vaciar la papelera de reciclaje.

## ESTADÍSTICAS

Es tarde para pisar el freno, aunque sea un ABS de tercera generación. No rebases por la derecha; siempre me lo dice Sonia. A cien kilómetros por hora se requieren sesenta metros para frenar. En el carril de baja velocidad un Honda Civic color cereza, estacionado con una llanta pochada, advierte con la intermitencia de luces amarillas el peligro insoluble. ¿Por qué no se orilló hasta el acotamiento? Nunca lo sabré. Una de cada diez mil llantas sale defectuosa. Es tarde para pisar el freno, cambio de quinta a cuarta para revolucionar el motor y adelantar al camión que estoy rebasando. La potencia del turbocargador de mi Mercedes CLK nos arroja contra el respaldo. El tacómetro indica 7,500 revoluciones, el velocímetro 120 kilómetros por hora y aumentando. “Cuidado” grita Sonia. “Ya lo vi” contesto. Volantazo a la izquierda, pasaremos apenas entre el camión y el Civic. Hay grava en el piso, no pasaremos. Seguimos de frente negando por inercia el ángulo de las llantas delanteras que piden regresar al camino. Levanto el pie de acelerador, es tarde para pisar el freno. Comienza el estruendo, mi auto tiene líneas aerodinámicas, se incrusta abajo del Civic que se levanta mientras el plástico de su defensa ondula como un gusano deshidratado con sal. El metal plateado de mi cofre se arruga cual hoja de papel en un puño. Comienzo a deslizarme hacia delante y el cinturón me retiene. Pronto explotará la bolsa de aire. He chocado otras veces. Uno de cada 27 accidentes es causado por exceso de velocidad. La bolsa no emerge del volante y tampoco del tablero frente a Sonia que cierra los ojos, su rostro aplastándose como plastilina en el parabrisas, donde se teje una telaraña de grietas y astillas que comienzan a flotar en el aire. Una llanta revienta... ¿O será el radiador? Mi nariz se comprime con el volante y mi cuello se distiende por el jalón en los hombros del cinturón de cinco puntos, hacia la derecha miro las piernas de Sonia desarticularse contra el tablero,

la telaraña termina de romperse rodeando su cintura. Un I-pod flota frente a mis ojos, girando ingrávido, el cable de los audífonos como un cordón umbilical lo jala hacia afuera siguiendo a Sonia que entra por el cristal trasero del Civic que se abomba en el toldo absorbiendo la energía de sus cuarenta y cinco kilos. Un chisguete de aceite dibuja un arco que mancha la carrocería cereza y diluye otro líquido que se confunde con el color de la pintura. Ocho de cada diez muertos en accidentes automovilísticos no usaban el cinturón de seguridad. Una punzada eléctrica en mi nariz y el acre de la sangre me fuerzan a hacer bizcos y enfoco mis pies atrapados entre los pedales que se han vuelto tenazas y se cierran con el rechinado del metal y el crujir de huesos. Adiós futbol. Una de cada cinco fracturas nunca se recupera totalmente.

Como un elevador que se detiene al llegar al sótano todo queda estático. Un chiflido de vapor sale del cofre y a través de la nube de anticongelante veo las suelas blanco y rosa de los tenis puma de Sonia, colgando en la cajuela comprimida del Civic, sobresaliendo de un hueco en el cristal trasero. Una de las dos luces amarillas continúa titilando. Uno de cada mil dispositivos activadores de bolsas de aire presenta defectos de fábrica.

## EL PRIMERO EN SUBIR AL CAMIÓN

*Nuestro rencor proviene del hecho de haber  
quedado por debajo de nuestras posibilidades  
sin haber podido alcanzarnos a nosotros mismos.  
Y eso nunca se lo perdonaremos a los demás.*

**- E. M. Cioran -**

Sube un viejo traje arrugado con un arrugado más viejo dentro que le queda escaso, sube un aberrante escuincle tirando de la obesa, sube un hijo de puta más alto y fuerte que yo. Sube gran cantidad de imbéciles perdedores que clavan vista de mellado filo en la nuca-sudor del imbécil perdedor de enfrente, que miran por las ventanas a ningún lado, que llenan de inutilidad la existencia con caras gastadas. Todos los zombis estúpidos de toda estupidez, cansados del cansancio todos, van subiendo al camión en tedioso desfile de modas clase media, media-baja, baja, bajísima. Sin clase.

Yo subí primero.

Sube un borracho tambaleante que huele asqueroso; mirada perdida, ropa sucia, zapatos vomitados. Claro es que no indigna mucho a nadie, algunos vistazos de asco y ya. Atisbos equívocos de no pertenencia. A mí me vale madres, es su pedo. Un poco más de estiércol en el chiquero. ¿Debiera cambiar de canal?

Delante de mí, el pelo grasoso se sorbe los mocos, las baratas pestañas postizas de junto lo miran con repulsión, él se da cuenta y sorbe más fuerte; los ojos se le podrían escapar hacía dentro, a las entrañas. El pelo grasoso casi logra caerme bien, tiene estilo.

El camión arranca, cabezas balanceándose en ritmo vacuno, las manos que se aferran en el metal-cilindro pegajoso. Es lo único aquí a que aferrarse.

Avanzamos lentamente recogiendo pasaje. Nos llenamos, nos saturamos, nos ahogamos. Dos mujeres miran a los que venimos sentados, seguro se preguntan si es que ya no hay caballeros; no pendejas, ya no los hay. Cierro los ojos como si viniera dormido. Reflexiono sobre mi actitud y como me fue en este día. Pensándolo bien, creo que debería estar más encabronado. Mejor... mejor abro los ojos. ¿Estática o infomerciales?

El camión se detiene otra vez, me crepita la rabia en los dientes. No es que importe llegar pronto a algún lado, sólo es la rabia, que busca pretextos. Alguien más sube y luego sube alguien más, y me vale madres quien suba pero, se sube alguien. Se sube ella. ¿El prime time es de 9 a 11?

La mujer está... es bonita. Normalmente habría pensado en la palabra “buena” pero bonita fue lo que se presentó. Joven, muy joven, lacio cabello negro, la cara demasiado... ¡Putita madre, no sé! Bonita. Más bonita que todas las que me han gustado y sólo he mirado pasar. Mejor la dejo de mirar, las mujeres bonitas no son para mí. Me aburren. En realidad todas me aburren. Será que las feas duelen menos.

Pero no puedo dejar de mirarla, hace cosas extrañas; sonrío, se ve muy feliz. Y qué extraña la forma en que cuida la rosa que carga pegada a su pecho. Carga una mochila y un cilindro con planos que sobresalen y se arrugan con el paso del pasaje al pasar. Pero la rosa, la rosa la cuida como la cosa más preciada que pudiera cuidar alguien. Si es que existieran cosas preciadas que cuidar. ¿El codificador de Sky?

Le cedería el lugar con gusto si yo fuera otra persona, pero soy yo. Prefiero mirarla desde aquí; la última butaca del cine-camión donde proyectan a diario la misma película: “Los Miserables”. No me acuerdo-importa quién me dijo que es muy bueno el libro-película-musical. Para mí es la misma chingadera de siempre. El hábitat natural además de la cripta.

Seguimos deteniendo el cine para que suban más actores, público no hay. Observo a la actriz principal que logra mirar a través del cristal cuidando una rosa. Afuera no hay nada que ver pero imagino que ella ve algo. Me asomo, hay coches. Se asoma, hay conductores. Observo edificios. Observa familias. Suben actores al camión según yo, suben personas según ella. Su forma de pensar me da hueva. ¿Sintonizamos distintos canales?

Me encabrona que sonría, ¿Acaso no se da cuenta? A cierta edad la indeterminación se convierte en sarcasmo, la expectativa de la luz al final del túnel en la lámpara de un tren que viene de frente. Pero ella es joven. Semáforo en gris cambiando a gris.

Hiede a secreción y tedio-jornada, casi todos estamos encabronados, los que no, indiferentes. Cuidado con los indiferentes, son los peores: La mierda seca, deshidratada por el sol. Basta con pisarla un poco, patearla para descubrir el lado oculto, y sus fétidos perfumes concentrados te llenan el cerebro. A veces es bueno pisar la mierda, solo para atentar contra el orden.

Avanzar, el gris torna-turna a gris. Ella sonríe y cuida una estúpida rosa.

Me había distraído enojándome por algo, no recuerdo qué, no me importa recordarlo. Igual cualquier cosa sirve... Pero otra vez la miro tan... bonita... *¡Carajo, que no encuentro otra palabra!* Se ve tan diferente de los demás, tan ajena al mundo, que por un momento pienso en... *en pendejadas*, como siempre. Enamorarse es una buena inversión por el dolor que eventualmente traerá. La posibilidad de algo terrible que mitigue el dolor cotidiano-funcional. El cambio de perspectiva.

Tengo la vieja libreta en las manos y un lápiz. No me gusta la poesía, no la que habla de amor y otras ficciones. El lápiz desobedece a la mano que desobedece a la mente que desobedece a mi religión de ver pasar sin hacer:

*Sigue ahí, constreñida por la multitud triste*

*el halo sonriente sofocándose grita,  
sonrojo engullido en hedor del día zanjado...  
Donde si no, entre la inmundicia lugar es  
mejor para una rosa la existencia,  
deseo de corruptos, promesa flor en estéril pecina.*

Cuando estoy de mal humor escribo mala poesía, cuando me siento mejor... no escribo nada.

Una vieja inmensa empuja a la bonita para hacerse un sitio-lugar que no merece, un perverso hijo de puta se le restriega en las nalgas al pasar. El perverso me encabrona no por perverso, sino por lo que hace que desde mi asiento yo no puedo hacer; la mira por encima del hombro, le esnifa el pelo, se le pega en la espalda. Ella no se inmuta, cuida la rosa que huele y se acerca a la boca.

La boca bonita es perfecta, las nalgas-tetas-ojos y lo demás no importa tanto. Al fin de cuentas, la única sensación que requiere de alguien más es el beso. Los otros placeres-evasiones se tienen, y a veces se mejoran, individualmente. Pero el beso es irreproducible. Gran pérdida de tiempo. ¿Otro corte comercial?

Hemos llegado al destino-correspondencia, intermedio en la función de venir de ningún lado hacia ninguna parte. Algunos caminarán a casa, otros cambiaremos-bajar-subir de camión. Bajan Los Abatidos, Los Olvidados, Los Miserables. *Me caga el cine.* También baja ella con la mochila mal colgada y los planos arrugados, con la gloriosa sonrisa y la misión cumplida de la rosa custodiada.

Y me bajo yo, dejándome atrás en el camión. ¿Es repetido el programa?

Mi pregunta morbosa se la tengo que hacer. Finjo ser sí-decente-persona y me le acerco. Sonríe, sonrío. Estupefacta sorpresa mía el que ella hable primero.

—Hola, ¿Qué escribías?

—Nada... sólo poesía, intentaba escribir algo...

—A ver. —Me pide la libreta y no puedo negar enseñársela, ¡Que voz! La lee en la última hoja, sonrío y sonroja el rostro.

—Me gusta... es extraño, el poema.

Mi sana soberbia se adelanta y contesta: —Sólo es un borrador, la idea, hay que trabajarla.

Mentí, nunca vuelvo a leer lo que escribo.

—Bueno, me voy, ¡Suerte con los poemas!

—¡Espera! Quería preguntarte: ¿Quién te dio la rosa que cuidas tanto?

—Nadie me la dio. Hoy la corté en el parque, donde voy todas las tardes.

Adiós.

La bonita, hermosa, bellísima, *-cursi-palabras-estúpidas-* público unitario de mi basura-poesía, se va de aquí.

—Todas las tardes en el parque, creo saber que parque.

Algo se me empieza a mover dentro, en contra de mi estoica voluntad de inacción: Una idea de caminar en el parque antes de subir al camión, todas las tardes.

Y es el camión el que llega, el segundo que tengo que tomar y que me despierta con el aire-berrido que sale de sus frenos. Por un momento me dejé llevar al pervertido mundo de las ensoñaciones. Mundo más oscuro que el real por tener el color de la esperanza.

Salpico un charco pie-banqueta del mundo de viajar en camión, de armoniosos malos olores, semblantes largos y pisotones. Mi camión abre la puerta, bastante oscuro dentro, malévolamente bienvenida silenciosa del rancio chofer.

Soy el primero en subir.

## ERA MEJOR NO CONOCERLA

*Ashes to ashes, funk to funky*

*We know major tom's a junkie*

*Strung out in heaven's high*

*Hitting an all-time low*

David Bowie

I

Tengo la nota entre las manos; letras recortadas de revistas, mal pegadas sobre una hoja amarillenta. Obviamente anónima, pero firmada por la humanidad entera. No importa, ya nada importa. Voy a publicarlo.

Hoy se cumplen treinta años desde la publicación de “La verdad”, la novela número uno de todos los tiempos, y hoy se cumplen treinta años desde la primera y única vez que escribí una novela, hasta ahora. En esa época hubo una ruptura en la continuidad del espacio-tiempo, se creó el universo paralelo que habitamos. Cuando me puse a escribir “La verdad” disloqué las cuatro dimensiones y surgió nuestra realidad New Age paralela. Sólo Bowie y yo sabemos de la realidad paralela... y tal vez alguien más, aquel que me envió la nota.

Antes de fracturar la realidad, yo era un joven idealista de conciencia ecológico-trascendental, un hippie pues. Hoy nadie debería ser hippie. Según el proceso lineal de la historia, los hippies evolucionan... o involucionan. Los que amaban las flores se volvieron padres junkies de familias disfuncionales, entraron a trabajar a fábricas de armas nucleares durante la guerra fría o pusieron una franquicia de Macdonalds y engordaron. Pero eso que les ocurrió a los hippies pasó en la otra realidad. En este universo fueron abducidos por extraterrestres

para regresar convertidos, años más tarde, en los Taken Hippies y se volvieron los pastores de la humanidad. Todo culpa de mi necedad por escribir “La verdad”. Los únicos extraterrestres que existían eran Ziggy Stardust & the spiders from Mars. Cuando los Taken Hippies volvieron de su paseo por la vía láctea, Ziggy decidió dejar de tocar y se reconvirtió en David Bowie. O al menos eso es lo que yo creía antes, con Bowie nunca se sabe, no en este universo y no en el otro.

Los Hippies abducidos tocaban en una banda llamada Jeferson Airplane, cuando se elevaron en un haz de luz abordaron la Jeferson Starship y cuando volvieron “construyeron esta ciudad” y se quitaron el Jeferson de encima y de la nave estelar. El primer signo evidente de la realidad alterada fue que la música se hizo mierda. (Aunque Bowie dice que algunos eventos estúpidos se dan por igual en esta realidad y en todas las demás) El segundo signo fue que se tiró una nueva edición de “Mundos en colisión” de Velikovsky. (Aunque ni en esta absurda-realidad-paralela el libro causó impacto alguno, muchas fogatas bajo las noches de Venus consumieron sus páginas) El tercer signo... No, no hubo un tercer signo. (Ni siquiera los números tuvieron cábala) Desde hace treinta años la humanidad es la “utopía perfecta” descrita en “La verdad”; No hay guerras ni hambre, todos son felices vegetarianos, incluso los leones y tigres. La marihuana no fríe neuronas y el LSD ayuda a encontrar el camino místico. Todos los fenómenos mitológicos fueron explicados por un cometa que acabó siendo Venus. Ciencia y religión conviven desde hace tres décadas compartiendo una esquina bajo la luz de la “iluminación”, regentadas por la filosofía de “La verdad”. El mundo se ha convertido en una brillante tiara blanca sobre una hermosa y rubia cabeza lobotomizada.

Antes del evento que dividió la realidad yo había escrito un par de cuentos de Sci-Fi, no muy buenos en realidad. Me gustaban las distopias al estilo

“Metrópolis” y “1984”. Pero quería escribir sobre una utopía, un mundo perfecto donde todos fueran felices. Huxley me había ganado el nombre de la novela aunque no el argumento. De hecho todavía no tenía ningún argumento para mi novela, así que me dediqué a vagar con quienes pensaba que eran los prototipos ideales para los habitantes de mi novela. Viajé con Kerouac en motocicleta durante un tiempo y fue en un concierto al que fuimos todos los de la comuna donde conocí a Bowie. Él por supuesto no tocó en el concierto, andaba por ahí, indagando sobre la música que la gente escuchaba, planeando su próximo material. A Bowie los “experimentales” le daban risa:

—Tanto indagar en nuevas formas y buscar ser originales les está quemando el cerebro, si no es que la heroína ya lo ha hecho —me dijo Bowie como si me conociera, mientras escuchábamos a Grateful Dead. Yo no lo había reconocido, pero al ver sus ojos supe de inmediato que era él. Sin pensarlo mucho y aprovechando que él había iniciado la plática le pregunté:

—¿Y cómo se puede ser original sin quemarse el cerebro?

Me miró con el ojo de la pupila grande y contestó:

—Diciendo la verdad.

Después recorrió mi cuerpo con la pupila pequeña y riendo agregó:

—Claro que tu verdad no es igual que la de los demás, el secreto es conocer la verdad. La única, la real, no las aproximaciones verosímiles sino la verdad. —Volteó hacía el escenario cuando un requinto reagge finalizó con una mala nota. Después de reflexionar un poco sólo atiné a decirle:

—llevo toda la vida buscándola.

Él asintió con la cabeza y continuamos dialogando.

—¿Te gustaría poseer la verdad absoluta? ¿Comprenderla?

—Me gustaría escribir sobre ella.

—¿A pesar de lo que pudiera pasar?

—No entiendo.

—Imagina los riesgos, saberlo todo puede ser deprimente y enterar a todo el mundo, peligroso.

—¿No estamos en el mundo para encontrar la verdad?

—Sólo para buscarla, el orden de las cosas incluye el misterio.

—Aún así. Desearía correr el riesgo.

—Entonces ¿Sí o No, quieres poseer la verdad? Necesito una respuesta concreta.

—Sí, la respuesta es sí. ¿Acaso tú conoces la verdad?

—No, pero conozco absolutamente todas y cada una de las mentiras.

Diciendo esto, Bowie puso su mano en mi frente y comenzó a reír estruendosamente para después terminar diciendo:

—Te queda a ti la tarea de averiguar la verdad, por deducción claro, ahora que ya conoces todo lo falso.

Cuando Bowie terminó de hablar, grandes explosiones en el escenario me distrajeran, Grateful Dead terminaba de tocar Knocking on heavens door. Al voltear de nuevo ya no pude ver a Bowie, se había ido. Sólo quedaba el olor a azufre en el aire que, en ese momento, pensé se debía a la pirotecnia en el escenario. Que equivocado estaba.

A la mañana siguiente mandé a la mierda a Kerouac que se lo tomó muy dramáticamente, de pronto me había parecido un imbécil irresponsable. Cuando subí a mi moto para marcharme varios “beats” me arrojaron sus bongoes sin lograr golpearme. (Me enteré tiempo después, y gracias a los sueños del mundo paralelo, que por mi intrusión en los asuntos de Kerouac, Ginsberg se peleó con Burroughs y nunca se editó el Naked lunch y Cronenberg nunca se volvió un cineasta de culto. Mi intervención en el destino era funesta.)

Tenía migraña, la noche del concierto había consumido algunos estimulantes y en mi cabeza flotaba como un mal sueño la plática con Bowie. Sin embargo, me di cuenta de que algo había cambiado en la máquina de pensar, alojada sin pagar renta dentro de mi duro cráneo.

Regresé a casa y me puse a escribir. Al principio fue muy difícil pues con cada palabra que tecleaba una sensación extraña invadía mi cuerpo, mientras más alejada la palabra del camino de la verdad, más náuseas y mareos sentía. Con el tiempo me fui acostumbrando y descubrí como guiarme instintivamente en la escritura. Las palabras, las frases y los párrafos me producían placer cuando eran verdaderos y en las relecturas encontraba esa palabra, esa coma o punto que producía escalofríos al no estar en el lugar correcto. Releer para la autocorrección de estilo se volvió extremadamente placentero, cuando una cuartilla era perfecta me causaba una erección y al llegar a un contundente punto final experimentaba la eyaculación suprema. Gracias al perfeccionamiento de mi escritura y a la relectura de muchos capítulos me volví multiorgásmico. El mejor sexo que ningún hombre había tenido; el individualismo autoerótico de la intelectualidad.

Bastaron tres meses para terminar la novela. Una noche decidí leerla toda de un tirón para comprobar que fuera perfecta. Tomé el engargolado y recostado en la cama comencé la lectura.

Creo que dormí más de veinte horas. Desperté pegado a las sábanas y con la sensación de que la próstata me había estallado de puro éxtasis sobrecargado. La novela era perfecta. Después de bañarme y tomar un copioso desayuno me fui a ver a la editora. Lo que me sucedió ahí fue sorprendente. No, *ahora es sorprendente*, en aquel momento se me hizo de lo más natural.

—Muy bien Faustino, muy bien. Más que bien. ¡Perfecto! No sabía que pudieras escribir así —dijo Lucy mientras apretaba las piernas que mantenía cruzadas, temblorosas, ella sentada en la salita de su oficina.

Tomó el teléfono y habló con alguien al otro lado:

—Sí... ¿Recuerdas el libro de Urantia?... ese, el de 3,000 páginas... aja... el de los hurones humanoides y el universo interconectado... Cancela el tiraje, tengo algo mejor. —Colgó y reanudó la lectura de mi libro.

El rubor en las mejillas le aumentó al finalizar un capítulo y una pupila se le dilató. (También algo de líquido escurrió por sus muslos pero creo que es de mal gusto mencionarlo fuera de paréntesis)

—Entonces ¿Lo publicarás? —Pregunté.

—¡Sin duda! De hecho quisiera que firmaras de inmediato.

—Esta bien... ¿Y de cuentas y porcentajes?

—No deberías preocuparte, te aseguro que serás rico.

—Bueno, este... no es el dinero lo que me importa... quiero ser muy leído.

—Sí, por supuesto —dijo irónica—, todos los escritores lo que quieren es ser leídos. La fama y el dinero no importan.

—Bueno, algo de fama no estaría mal... y el dinero pues...

—Dinero o fama. ¿Qué preferirías si tuvieras que escoger alguna opción?

—Bueno, me gustaría vivir de esto.

—Dinero entonces.

—Es que se oye mal cuando tú lo dices pero sí, después de ser leído por muchos lo que me gustaría es ganar dinero, la fama mía no es importante, mientras la novela se lea...

—Bien, entonces una edición de lujo pero sin foto del autor, quince por ciento neto de cada ejemplar y un primer tiraje de cien mil, con posibilidad de reediciones ilimitada. ¿Estás de acuerdo? Sólo firma aquí. Toma mi pluma.

Lucy me entregó una pluma fuente con la plumilla hacia mí y me pinché la mano, nada grave, sólo lo suficiente para sacarme del estupor en que me había sumergido al escuchar las condiciones tan favorables.

—La tinta es roja ¿El documento es válido, así?

—Con está tinta sí.

Tal vez porque música de Bowie sonaba en la oficina o porque Lucy me gustaba, (O porque olía muy bien el líquido que había escurrido de entre sus piernas) el caso es que sentí confianza y asenté mi firma en el contrato.

El mundo paralelo ya corría desde el concierto de Grateful Dead y mi encuentro con Bowie, pero el arco de disrupción era muy pequeño, sólo me afectaba a mí. En cuanto “La verdad” salió publicada las paralelas temporales se comenzaron a separar en oposición diametral, la humanidad cambió, toda. Excepto David Bowie que en los dos mundos se convirtió en Ziggy Stardust, y yo que, desde ese día, cada que me voy a dormir sueño conmigo (quiero decir, contigo) en el mundo real, del que separé a este universo por escribir. Por cierto... ¿Cuándo te vas a dormir sueñas conmigo escribiendo esto? Espero que así sea.

## II

Voy a publicar mi nuevo libro treinta años después de “La verdad”. Lo saben, los Taken Hippies lo saben. Por eso las amenazas, este anónimo no es el primero, pero sí el más explícito. *Si “La mentira” llega a la gente tus vísceras también serán del dominio público.* “La mentira” es mi nueva novela, ningún editor querría publicarla así que organicé mi propia editorial. Las regalías que me ha dado “La verdad” me permiten hacerlo, además no hay buenas editoriales ya. Todas las que quedan reimprimen “La verdad”. Ya no hay nada de que escribir, todo se ha escrito.

“La verdad” me dejó una fortuna. Los derechos para la obra de teatro, el musical y la película hicieron la fortuna incalculable. Me pagaron por no hacer nada pues, a consideración de los productores, la novela estaba tan perfectamente escrita que no se necesitaba hacer ninguna adaptación. Así que sólo recibí cheques y me puse a viajar. Al principio di muchas entrevistas pero con el paso del tiempo lo que se volvió importante fue la novela, no yo, el autor. En ese tiempo pensaba que con que me leyeran bastaba. Bueno, y con los ingresos. Tres años después del lanzamiento de “La verdad” sentí deseos de ponerme a escribir. Me parecía extraño que Lucy no me hubiera pedido un nuevo trabajo, pero lo que pasaba es que a nadie le estaban pidiendo nada. Desde la impresión de mi novela se detuvo la edición de libros. (Excepto las reimpresiones de “mundos chocantes de Velikovsky”, el último gran fiasco) Tiempo después se dejó de hacer teatro y cine. Todas las representaciones artísticas eran “La verdad”. Las artes que no podían representar en un sentido concreto “La verdad” dejaron de ser “bellas Artes”. Adiós a la escultura y la pintura, así sin más. Muerte de la abstracción.

Lo increíble es que no me había dado cuenta de lo que estaba sucediendo, la gloria mantenía una bruma entre el mundo y yo. Cómo los ingleses, que cuando hay neblina en el canal dicen: *Europa está aislada*. (Bueno, lo de la neblina ocurre allá, en tu realidad, aquí todos los días son soleados)

Fue en el “Año Tercero, después de La Verdad” donde las cosas se complicaron para mí. Estaba sentado frente a la máquina y a la hoja en blanco, en la televisión daban las noticias sobre el grupo de Hippies que regresaban a la tierra tras tres años en una nave espacial. Ellos habían sido abducidos el mismo día en que salió “La verdad” a la venta, por lo que no la habían leído. El conocimiento que adquirieron de los extraterrestres les permitió interpretar la verdad en “La verdad”, tal y como yo la había escrito. Lo malo es que el lapso de

tres años retrasó el entendimiento de ellos a comparación del nuestro y se creó una suerte de loop místico-filosófico. Los Taken Hippies se quedaron con la primera lectura y nunca más cambiaron lo que entendían de ella. La sociedad en general remodelaba su pensamiento con el transcurrir del tiempo, “La verdad” siempre había sido verdadera pero las lecturas con los años ya no eran tan “orgásmicas”. Todo esto era un fenómeno del que nadie se percataba, ni siquiera yo. Para mí lo que decía mi novela era la verdad y no había ocurrido ningún cambio, podía hablar del texto con todas las personas y llegábamos a la misma conclusión. Pero los Taken Hippies con su interpretación anacrónica-ortodoxa provocaron esta especie de retroalimentación temporal que resultó en una corriente mística. Pronto todo el mundo regresó a la primera interpretación (menos yo) y el mundo se volvió New Age. Me di cuenta de que aunque el texto no cambiaba si lo hacía mi pensamiento respecto a él, durante tres años había pensado que “La verdad” era la verdad. Al poder evolucionar y separarme en el tiempo de todos los demás me fui dando cuenta de cuan equivocado estaba. Era ya muy tarde, en las entrevistas nadie me hacía caso cuando criticaba mi propia obra. La novela era lo importante, quien la escribió no interesaba.

Pasaron más de veinticinco años, intenté escribir otra novela, nunca pude. Simplemente no encontraba el camino para decir exactamente lo que quería como lo había logrado con “La verdad”. En la TV veía programas del *Discovery* “*True*” *Channel* donde investigadores demostraban como la métrica, sintaxis y ritmo de mi novela era perfecta, en todos los idiomas las traducciones eran igual de excelsas. Uri Geller atribuyó su poder para doblar objetos metálicos al libro y a los Taken Hippies. (Yo mismo logré doblar las llaves de mi auto gracias al libro, claro, las pastas eran lo suficientemente duras para hacer presión sobre el metal) Empezaron a llamar a la novela simplemente “El Libro”. La gente adoraba la novela, pero nadie se acordaba de mí. Cuando decía que yo era Faustino, el

escritor de “La verdad”, La gente se reía. Incluso mencionaban que el autor no se llamaba así, aunque nadie lograba recordar el nombre y en las ediciones nuevas ya no aparecía. El hecho es que se daba por sentado que algún Taken Hippy la había escrito. Así lo decía el presidente del estado mundial: Messie Jean Michelle Jarre.

La utopía que cerca de mis veinte años escribí, se volvió realidad. A los veinte años uno piensa que con unas cuantas tonterías el mundo puede ser perfecto. Hoy que tengo poco más de cincuenta años estoy aburrido del mundo sin sentido que inventé. Por eso escribí “La mentira” mi nueva novela.

### III

He salido de casa de Bowie. Al despedirnos me preguntó que cómo para cuando pensaba publicar “La mentira”. Él sabe que tendrá que cambiar de género musical, aunque el new age que toca Bowie es el mejor de todos, ahora que la realidad paralela se derrumbe tendrá que inventarse un nuevo estilo. Está fue nuestra tercera plática en la vida, aunque según él, la segunda. Lo más probable es que no volvamos a vernos, hoy bromeamos un poco cuando le enseñe el anónimo. Nos despedimos, nuestra tertulia había sido básicamente amistosa y trivial.

Recuerdo en cambio, la segunda plática con Bowie, muy reveladora. Según él, el Bowie con quien hablé en el concierto hace treinta años no era él. Es otro Bowie. Por eso dijo que era la primera vez que nos veíamos. Es muy complejo de explicarlo y creo que sólo escuchando la grabación de la plática que tuvimos podrás (podremos) entender algo.

Pulsa play

—¿Por qué no puedo escribir nada?

—Porque no tienes nada que decir.

—Siempre debería tener algo que decir.

—¿Estás inconforme? ¿Hay algo que no te guste?

—Nada me gusta y estoy inconforme con todo. Igual que tú.

—Yo no estoy inconforme.

—Pero, ¿Y tú música? Hacías muy buena música, digo... haces. En el otro universo. Pero aquí tienes treinta años haciendo new age.

—Pero me gusta. El new age no, por si mismo es aborrecible. La levedad hecha melodía. El mundo holístico descafeinado y bajo en grasas. Pero hacer algo representativo para cuestionar lo mismo ya representado es un ejercicio interesante. ¿Sabes que Enya se quiere casar conmigo? Es un bombón pero me aburre. No entiende que yo hago el mejor new age porque aborrezco el new age. Nadie lo entiende, pero lo consumen en grandes cantidades porque es fat free.

—Yo debería entonces escribir la verdad para cuestionar “La verdad”.

—Sólo si estas convencido de que “La verdad” es una mentira.

—Nadie creerá en una novela así.

—No si quien critica es alguien que no conoce a fondo lo que cuestiona. ¿Qué tal tu autocrítica estos días, Faustino?

—Yo escribí “La verdad”, sé lo que quise decir hace treinta años... lo equivocado que estaba.

—Entonces tú puedes cuestionarla, sólo tú.

—¿Crees que la realidad paralela desaparezca? Prefiero el otro mundo, el real.

—Este mundo es real, sólo que aburrido. Tal vez no puedas regresar al otro pero si destruir este.

—Lo prefiero. Sé que en el otro universo las cosas están bien y que mi otro yo es feliz ahí, aunque él no se dé cuenta.

—Generalmente no nos damos cuenta.

—¿Y tú? ¿Volverás a ser Ziggy Stardust?

—Siempre lo he sido. David Bowie es un nombre artístico.

—Antes de ser Ziggy habías sido Bowie, no mientas. Tocabas Folk.

—Te lo he dicho. Yo llegué a este planeta como Ziggy y cuando el Glam Rock murió decidí llamarme Bowie. El Bowie que conociste en el concierto de Greatful Dead no era yo, igual que la editora que te publicó no era la Lucy original.

—Sabes que no creo en el Diablo. Soy ateo.

—Negar a uno no implica la inexistencia del otro, como un gato en una caja...

—No me hables de física, que últimamente sólo la usan los charlatanes. *Yo* creo que...

—Lo que *creas* no importa, no todo lo que crees es verdad. Olvídate de la soberbia, mira el mundo que creaste; Pura vanagloria mística.

—¿Tú me hablas de olvidar la soberbia, David?

—Yo no soy soberbio, sólo soy de otro planeta.

Ziggy... o Bowie, como sea, el caso es que él tenía razón. Pensé en utilizar un seudónimo para mi nueva novela, pero igual nadie se acordaba de mí así que no importaba. Lo que sí importaba era reencontrar al Faustino que había escrito “La verdad”.

Esta vez no fue nada fácil la escritura. Negar categóricamente mi obra anterior fue un proceso doloroso. Casi dos años tardé en escribir “La mentira” y cuando por fin la tuve terminada me encontré en la imposibilidad de publicarla. “La mentira” no es una obra perfecta, la considero buena y altamente cuestionadora, pero es una novela promedio entre las buenas -de las de hace

treinta años, por supuesto-. Ahí se quedó, en la imprenta que instalé en mi casa.  
(Espero que en tus recuerdos también, sé que tú sueñas conmigo)

Cuando salí de la mansión de Bowie, después de mi tercera plática con él, (¿O la segunda? Bah) tomé el anónimo y hecho una pequeña bola de papel lo tiré en la calle. Subí a mi auto y giré la llave...

Tardé muy poco en morir, la explosión me partió por la mitad. Mi último pensamiento fue desear que en la otra realidad de verdad yo también soñara conmigo y al despertar me pusiera a escribir esto. Supongo que así fue o sería imposible que estas líneas finales estuvieran escritas. Tú sabes, Faustino, los muertos dejan de hacer algunas cosas.